

LIBRO III

VIAJE DESDE LA COSTA DE TEXAS,

y

a través del Distrito del Gila

y Colorado,

A SAN FRANCISCO;

residencia allí y regreso.

CAPITULO I

De Nueva York a San Antonio — Nueva Orleans — Galveston y Port Lavaca después de la epidemia — Viaje a San Antonio — Noticias del campamento — Enfermedades de las mulas — Mordidas de cascabel y una oruga venenosa — Una pelea y opinión de un americano — Inmediaciones de San Antonio — Clima en el invierno — El río y sus fuentes — Corrientes subterráneas del oeste de Texas — Cambios en la geografía física del país — Aventuras de un joven alemán — El príncipe Bonaparte — Remembranza de malhechores texanos.

A fines del verano de 1853, habiendo mis amigos los señores Mayer y Compañía terminado de hacer los preparativos para emprender un nuevo viaje de negocios a Chihuahua, me ofrecieron trabajo para acompañarlos por segunda vez. Para que se tenga una idea de cómo se administra esa clase de negocios, quiero explicar que, por lo general, uno de los socios de la compañía reside en Nueva York, con el cargo de comprador, mientras el otro acompaña a la caravana a través de las praderas y dirige la venta de las mercaderías en Chihuahua. El señor Kaufmann, quien hasta entonces era el socio de esta compañía errante que se quedaba en Nueva York, quiso en esta ocasión, con el fin de observar personalmente el mercado, hacer el viaje con la caravana; y habiéndome pedido que lo acompañara, acepté la invitación.

La caravana saldría esta vez de Texas, en donde nos esperaba el resto del viejo equipo de transporte para juntárenos con veinte vagones nuevos. Estos habían sido pedidos a una famosa fábrica de Pittsburg que los enviaría en vapor sobre los ríos Ohio y Misisipí hasta Nueva Orleans, y de allí a Port Lavaca, en la costa de Texas occidental. La mercancía había sido despachada de Nueva York a ese puerto; y el 10 de Octubre salí en el vapor "The Black Warrior" junto con Mr. Kaufmann vía Habana a Nueva Orleans, con el propósito de dirigirnos a Port Lavaca. Entramos en Nueva Orleans el 20 por la mañana. Ya no se hablaba de la fiebre amarilla que ese año había hecho estragos allí. El 23 continuamos viaje a bordo del "México", y el 25 llegamos a la bahía de Galveston, en donde yo quería visitar a unos amigos. Tres meses antes, en viaje a Nueva York había comido allí con diez u once jóvenes alemanes, ocho de los cua-

les habían muerto desde entonces a causa de la fiebre, y se me dijo que de cincuenta alemanes llegados en la primavera, sólo tres quedaban vivos. Nunca antes la epidemia causó tantas muertes allí. La fiebre amarilla se desató esa vez con síntomas extraños, y se asegura que fue completamente diferente de la peste a que la gente estaba acostumbrada, y no tan temida por cierto. Los primeros vientos nortefíos del otoño refrenaron sus fatales efectos, no habiendo aparecido otros casos desde entonces; pero el cambio de clima ocasionó la muerte de casi todos los que ya estaban afectados.

Desembarcamos en Indianola e inmediatamente tomamos una diligencia para Port Lavaca. La epidemia había asolado ambos lugares interrumpiendo el comercio con el resto del país. Semanas enteras los barcos estuvieron inmóviles por falta de brazos para descargarlos; el comercio se paralizó y las agencias aduaneras cerraron sus oficinas. Hallamos algunos fardos de nuestra mercadería tirados en la playa a cielo descubierto, y averiados.

Fuimos hasta San Antonio en diligencia. El camino no estaba en mejor estado que en mi viaje del pasado Julio, y me sucedieron cosas similares a las de entonces. La primera noche tuve que caminar un buen trecho adelante de la diligencia, entre lodazales, con una vela en la mano, en busca del camino cuyas trazas se habían perdido en el terreno fofo de las cercanías de la costa; más allá de Victoria ya era mejor. Pero la segunda noche, no lejos de San Antonio, las ruedas de uno de los lados de la diligencia —que se había salido un tanto de la ruta— junto con uno de los caballos, se hundieron en un arenal lodoso y cubierto de yerba. Bajo la grama yace cierta clase de arena movediza muy peligrosa; esto lo observé varias veces después en esta región de Texas. Tuvimos que pedir ayuda en las vecindades; y ocho hombres sudaron la gota gorda antes de poder sacar la diligencia del atolladero. La sangre fría y paciencia que los americanos demuestran en tales circunstancias es admirable, haría sonrojarse a los europeos si los vieran. Nadie alzó la voz siquiera, nadie se impacientó; y nadie se negó a ayudar. Temprano de la mañana siguiente (el 30) entramos en San Antonio. Aquí supe lo que le había sucedido durante mis tres meses de ausencia a la pequeña caravana con la que salí de Chihuahua. Acamparon en la pradera a pocas millas de San Antonio; entre las mulas cundió una enfermedad que mató a diecinueve de las mejores, y otras más murieron en el camino. Algunas habían sido mordidas por cascabeles, pero con grandes dificultades pudieron ser salvadas. Lo mismo ocurrió a uno de los mayores; pero al mayordomo le sucedió algo inaudito: destripó en su mano una pequeña oruga y al punto le aparecieron los más alarmantes síntomas. Le comenzó en la mano un escalofrío que en seguida se le extendió por todo el cuerpo, especialmente en la espalda. Se le inflamó el estómago, la lengua se le entumeció, le falló la memoria, y por una semana entera estuvo en gran peligro. Después, en una colección de insectos que vimos en San Antonio, el mayordomo reconoció al del daño. Si no se equivocó, el gusanito ese tiene pelo amarillento como de un cuarto de pulgada de largo; parece oruga, pero no puedo asegurar que lo sea. Supe después de otros casos semejantes causados por el mismo insecto. En un jardín de Indianola uno de ellos

le cayó de un árbol en el brazo a un niño que inmediatamente comenzó a gritar del dolor; el brazo se le inflamó, le entró calentura alta, y la vida del niño estuvo en peligro durante varios días.

A nuestra llegada se deshizo el campamento enviándose los vagones a la costa a juntarse con los nuevos llegados de Pittsburg, y a recibir la mercadería. El camino para allá pasa por entre la ciudad, en donde ocurrió un pleito entre el mayordomo y un mulero mexicano. Este, con un trago de más, tenía una botella en la mano. Cuando el mayordomo lo vio quiso arrebatarla. El mexicano se defendió y el mayordomo entonces le cruzó varios chilillazos; el mexicano cogió una piedra que tiró al mayordomo rajándole la cabeza. El criterio que se formaron los americanos testigos del incidente es típico del sentido de moralidad que rige en Estados Unidos: Primero gritaban al mayordomo que tirara al mexicano; pero aquél, nacido en Alemania, aunque irascible era humanitario, y lo que le pedían hacer no iba con su naturaleza, aun cuando llevaba un revólver al cinto y era excelente tirador; yo le había visto en el camino matar con su pistola un conejo desde su vagón en marcha. Pues bien, cuando los americanos vieron cómo se quedaba tan conforme con la pedrada y la sangre que le chorreaba sobre la cara, se volvieron desdeñosamente contra él, y poniéndose entonces al lado del mexicano, gritábanle al mayordomo: "¡El muy pendejo!" Y al mexicano: "¡Pégale otra pedrada! ¡Mátalo!"

Cometeríamos un error suponer que la gente había cambiado de criterio sólo por el deseo de ver correr sangre. Pero no, es que en Estados Unidos se menosprecia al individuo que una vez enfurecido no se da de trompadas con otro a media calle. No nos referimos a los encuentros organizados de boxeo, como sucede en Inglaterra, en donde se efectúan en completa calma, mientras los espectadores forman un círculo callado alrededor de los combatientes, sin tomar parte en la pelea. En Estados Unidos matar a un hombre de un solo puñetazo se considera menos grave que fajarse a golpes en una bronca escandalosa. La moral social norteamericana tiene como principio darse de golpes cuando se infiere una ofensa, acción ésta que debe observarse con las etiquetas de ley, como si fueran dos soberanos, aunque en realidad de muy diferente clase, pues entre éstos equivaldría a una declaratoria de guerra. En Francia o Alemania una ofensa se toma como patanería. Aquí, en Estados Unidos, por regla general se justifica toda acción, por violenta o mortal que sea, en contra del agresor, pues aquí el golpe que da un hombre a otro se venga por lo común con la muerte del agresor. Por supuesto que esto no tiene vigencia cuando es el amo quien azota al esclavo. Cualquiera de esos mayordomos que para hacerse respetar vapulea a un mulero mexicano sería muerto si tratara de hacer lo mismo con un norteamericano. Esta costumbre tiene una ventaja, que es la de evitar peleas en Estados Unidos, como las muchas que he visto en Europa. Eso de griterías, injurias, disputas, palizas y amenazas se ve muy poco en Estados Unidos, y de los pocos casos de que he sido testigo, los bochinches invariablemente fueron protagonizados por irlandeses, alemanes o franceses. El día siguiente hablé con el mexicano, quien, aunque era uno de nuestros criados más competentes y honrados, había sido despedido. Me expuso el caso muy serenamente, y noté que

sus tres meses de residencia en Texas le habían dado conciencia de su dignidad humana e igualdad de derechos; si bien en el subconsciente conservaba un sedimento de sumisión mexicana. “Yo tenía un puñal”, me dijo, “y pude haberlo matado, pero no lo hice porque es mi superior”. Esa idea jamás entra en la cabeza de un americano; salvo, desde luego, en el ejército y la marina.

Los alrededores de San Antonio no tienen nada de ameno, pero sí ciertas características que hicieron agradable mi estadía. Las partes no cultivadas son terrenos de gran diversidad, y sus árboles y arbustos hacen gala de hermosura. Entre los arbustos más comunes están los “*Sophora speciosa*” y los “*Unguadia speciosa*”. A cada paso piensa uno aquí en los paisajes de terrazas elevadas, por los numerosos mezquites, las fajas de praderas desérticas, y otros distintivos propios de la vegetación de regiones más altas.

El clima de este lugar es famoso por lo delicioso y saludable, pues las epidemias de la costa no se propagan hasta aquí. Es verdad que algunos viajeros han traído de allá las enfermedades, pero nadie se ha contagiado nunca. La salubridad del interior de Texas occidental comienza bastante más abajo del país, porque la verdad es que, desde un punto de vista climatológico, sólo una estrecha franja costera es peligrosa; y cuando el ferrocarril pueda sacar rápidamente de esa franja a los viajeros que pasan por allí, poco o casi nada habrá que temer entonces. Tuve la dicha de admirar la belleza del invierno allí. No puede en verdad decirse que los vientos nortefños de Texas sean agradables, pero pronto tendré la ocasión de hablar más detenidamente a ese respecto. Sin embargo, estos ventarrones helados —que a no ser por ellos esta región tendría un clima casi tropical— soplan sólo pocas veces en el invierno, y es muy raro que duren más de tres días. Son más bien manifestaciones atmosféricas excepcionales, y es probablemente que gracias a ellos se dispersen las miasmas infecciosas, lo que de otro modo sería sumamente peligroso en esta parte del país. Los efectos saludables de estos vientos nortefños se extienden hasta la península de Yucatán y la costa norte de Honduras. Viví en San Antonio de Octubre a mediados de Enero, y observé que el clima invernal es tan excelente como beneficioso para la salud. A un día cálido y brillante sucede una noche de escarcha.

El río es una de las principales bellezas de San Antonio. Nace a sólo unas pocas millas de la ciudad, y brota de las rocas, entre árboles y arbustos; es un río de profunda y rápida corriente, y de agua tan clara como el cristal. Su fuente es tan copiosa como cualquiera otra de la faz del globo. Dije ya que el agua permanente del río del Diablo surge de igual manera entre las rocas. Esto es muy común en Texas, aunque en menor escala, y refuerza la opinión de que el casi horizontal estrato de piedra caliza del declive meridional en que se asienta San Antonio, abarca numerosas corrientes de agua, muchas de las cuales nunca hallan salida a la superficie. En estas aguas suelen ocurrir cambios repentinos y también graduales; en ciertas partes la corriente aparta un obstáculo, y en otras crea uno nuevo. Mr. P., ingeniero radicado en San Antonio, me dijo al

respecto: "El río Verde, que en la actualidad depende completamente de la atmósfera para abastecerse de agua, y que es afluente del río Hondo, fue antes una corriente permanente, ancha y clara de varios pies de profundidad; la gente se estableció en sus márgenes. Pero de pronto el río desapareció sin que hasta ahora haya vuelto a ver la luz. Cerca de allí se cavó un pozo que al principio dio agua, mas luego se secó. Sin embargo, una noche brotó de repente un borbollón con mucho ruido, pero sólo fue por pocas horas; en la mañana estaba seco otra vez. A mediodía volvió el torrente a brotar. Y así siguió por varias horas; hoy en día sólo tiene un poquito de agua permanente. Pero debo decir que nada de esto me consta.

De boca de personas entendidas de San Antonio supe muchas cosas interesantes referentes a la naturaleza y particularidades de estas tierras, cosas de las cuales —ocupado como estaba en otros quehaceres— nunca hubiera oído hablar. Uno de mis amigos había estado recientemente en el Atascoso, pequeño río que corre unas cincuenta millas al suroeste de San Antonio, en donde hizo algunas observaciones que completan las mías acerca de los cambios de la vegetación y el clima de Texas. El Atascoso descarga sus aguas en el Frío, tributario del Nueces. Las tierras de allí son —o eran en esos días— vírgenes, pobladas en su mayor parte por pinos de árboles muy viejos y por una espesura de otros mucho más jóvenes. Forman su suelo un estrato superior de arena, y bajo éste otro de tierra negra. Mi amigo añadió las siguientes observaciones: Estas tierras fueron antes selvas que los incendios de las praderas destruyeron, con la excepción de esos árboles que siendo entonces muy grandes pudieron resistir las llamas. Y habiendo ocurrido así, las arenas de las inmediaciones aventadas por el viento se asentaron después aquí cubriendo la tierra negra. La boscosidad se convirtió en desierto, quedando sólo unos árboles dispersos. Con la llegada del hombre blanco que ha exterminado en parte a los indios y va empujando a los que quedan a otras tierras, los incendios de las praderas cesaron y entonces pudieron crecer los árboles jóvenes que se ven, junto a los viejos que lograron resistir el fuego. Supe también que en la extensa región cactácea situada entre el río Grande y el Nueces se ven todavía gruesos troncos de árboles; que allí, asimismo, se halla, bajo la arena de la superficie, un substrato de tierra negra, y que últimamente allí también ha comenzado a surgir una nueva vegetación, fenómeno éste que se explica de la misma manera que el otro.

Hice varias excursiones a las cercanías de la ciudad con un joven arquitecto, cuyas andanzas en un lapso de cuatro o cinco años rayan en lo increíble. Mr. K. era alumno de la Escuela Industrial de Berlín (Gewerbeschule), cuando estallaron los acontecimientos de 1848 que le hicieron dejar sus estudios. Participó en algunos sucesos ocurridos en Berlín, salió de Prusia, pasó de Austria a Hungría, y por la vía de Turquía llegó a Roma. En su huida arribó a Sicilia, y luego a Túnez. Entró después a España y cruzó a pie los Pirineos para llegar a Francia, se embarcó en el Havre para Hamburgo, pero considerando que ese lugar no le convenía, tomó un barco para América. Desembarcó en Nueva York, tomó parte en la expedición del general López a Cuba, huyó a Texas y allí se enroló

en las filas del revolucionario mexicano general Carvajal. Cuando conocí en San Antonio a este joven, estaba sentando cabeza y reanudaba sus estudios de arquitectura, carrera sin duda más provechosa. No pude menos de lamentar que una mentalidad tan ágil, combinada a muchas otras buenas cualidades, no hubiera sido empleada con más utilidad para el mundo.

Me encontraba en San Antonio en un elegante sarao dado en ocasión del matrimonio de una pareja de Nueva Orleans. Entre los numerosos invitados se encontraba un joven oficial del ejército de Estados Unidos que me llamó la atención más que los otros; alto, de serio y agradable talante, y modales sencillos. Era el príncipe Bonaparte, nieto de Jerónimo, por su matrimonio con Miss Patterson, de Baltimore. Desde hacía poco estaba acuartelado en uno de los fuertes fronterizos de Texas, e iba en esos días a visitar a su primo el emperador de Francia. Entre las damas se encontraba la viuda de un hombre que hizo historia en Texas como bandido temerario. Ella, nacida en México, es respetada por todo mundo; y la manera resuelta con que defendió la puerta de su casa cuando las autoridades llegaron a prender a su marido que había cometido un crimen en una de las calles céntricas de la ciudad, fue elogiada por toda la ciudadanía como un acto puramente meritorio. He mencionado ya el nombre de Glanton en relación con ciertas medidas adoptadas contra los indios por el gobierno de Chihuahua. Antes de llegar este hombre a Chihuahua, y de allí a California, residió por un tiempo en Texas, y fue uno de los peores malvados de una banda de asesinos y tahures que por muchos años hizo de San Antonio uno de los más temidos lugares. Tiró a hombres por puro gusto en despoblado. Cierta vez que por uno de tantos hechos estaba a punto de ser detenido por las autoridades, fue rescatado por una banda armada de tahures, y un jurado, amedrentado o parcial, pronunció veredicto de inculpabilidad. Casi todos los nuevos territorios de Estados Unidos han tenido que pasar por periodos como ese, hasta que habiéndose hecho intolerable el imperio del terror, la ciudadanía honrada se ha visto obligada a tomar la justicia en sus propias manos expulsando o colgando a los culpables. Lo mismo sucedió poco después en Texas.

En tanto que Glanton atacaba y asesinaba por lo común a hombres débiles e indefensos, otro de los matones texanos se distinguía por ciertos gestos de generosidad. Cuando en una pelea sacaba su revólver, preguntaba a su adversario: "¿Andas armado?" Si la respuesta era que no, Bill Hardy enfundaba su arma. Después de cometer numerosos crímenes, cayó preso en uno de los pueblitos de la ribera texana del río Grande; fue sometido a juicio y sentenciado a muerte. Sus amigos se las ingeniaron para hacerle llegar un revólver cargado, y cuando lo sacaban de la prisión para conducirlo al lugar en donde iban a colgarlo, con el revólver en mano hizo huir a sus custodios y a otros más. Pero en vez de escapar a México cruzándose el río, se volvió lenta y serenamente a la cárcel y se ahorcó. Dícese que sus últimas palabras fueron: "Está el mundo tan lleno de cobardes que no vale la pena vivir en él". Aun cuando nadie hubiera oído nunca esa expresión, es característica del temple de un hombre que tenía tan tremenda reputación.

CAPITULO II

El autor vuelve a la costa — Remesa de dinero en la bahía de Matagorda — Viento del Norte, y ocasión para calentarse — Sale de Port Lavaca la caravana — Fragmento del diario descriptivo de una jornada texana con vagones de carga — Llegada de la caravana a San Antonio.

Problemas relacionados con el acto de cargar los vagones en Port Lavaca me obligaron en Diciembre a regresar a San Antonio. El trastorno causado por la fiebre amarilla en los almacenes de nuestro agente, los daños ocasionados por las inclemencias del tiempo en los fardos que habían quedado tirados en la costa, más otros accidentes, causaron considerable pérdida de tiempo. Se me dieron instrucciones para apresurar la salida de la caravana de la costa, y el 5 entramos en Port Lavaca.

Al siguiente día alquilé un bote y, a pesar del “norte” que soplaba, tuve que cruzar en él la bahía de Matagorda para llevar una remesa de dólares mexicanos al vapor “Perseverance”, surto en Indianola. Esto fue causa de varios incidentes desagradables. Yendo por media bahía el botero me preguntó cómo era posible que yo me fiara, llevando una suma de dinero tan grande, de extraños como eran para mí él y sus remeros; y me aconsejó no volver a hacer una cosa semejante con ningún botero de la costa de Texas. El dinero iba, según costumbre mexicana, cosido en zurrones de cuero crudo de res, con lo que se hacen paquetes muy sólidos y seguros. Pero los ratones habían roído el cuero dejando al descubierto los relucientes dólares, de los que en cada paquete iban tres mil. Cualquiera hubiera podido hacer con los dedos más grandes los agujeros y llenarse los bolsillos. De manera que yo tenía que llevar los ojos bien abiertos para que el dinero llegara intacto a Nueva Orleans. Después supe que no había faltado un sólo dólar; cosa que sorprenderá a quienes creen que en cuestiones de dinero los americanos son peores que los europeos. Nadie hubiera sido responsable por pérdidas debidas al mal empaque. La violencia del viento me mantuvo también alerta por temor del dinero; pues el bote daba tales tumbos que temía los zurrones fuesen a parar al fondo del mar. El puente no tenía barandilla, pero los remeros me decían que no había nada que temer. Al mismo tiempo el frío y el “norte” eran tan recios que, con la poca protección que ofrecía el bote en caso de irse a pique, yo no hubiera

podido resistir una noche en el agua. Al desembarcar estaba yo tan atarido que a duras penas podía caminar. Pasé directamente a la fonda de un alemán, me calenté con unas tazas de té, y me fui a dormir. Pero apenas comenzaba a conciliar el sueño, me despertó una luminosidad, y a través de la ventana de mi cuarto ví varias casas en llamas. Corrí a la calle en donde soplaba tan fuerte el "norte" que al momento sentí helárseme la espalda, mientras que la cara me ardía frente al fuego de las casas.

El 10 tratamos por primera vez de enganchar los animales, lo cual nos llevó todo el día, y no conseguimos menear siquiera los vagones. Al día siguiente sí la caravana comenzó a moverse; pero cómo lo hicimos se verá por los siguientes pasajes de mi diario que presento aquí con el fin de dar una idea de las adversidades de esa jornada. Ruego al lector no deje de leerlas, pues quiero que conozca hasta los más mínimos detalles de la vida de un "vagonero", y si mientras lee, es él uno de los que están disfrutando del confort y los refinamientos de la vida civilizada, podrá darse cuenta del contraste de su situación con la mía en aquellos días, y convéznase de que, en Europa, el esfuerzo físico del hombre, y en muchos respectos su temple moral también, sólo se desarrollan en casos excepcionales. Es verdad que en las campañas el soldado tiene que sufrir penalidades similares, y a veces peores, pero no las sobrelleva de buen grado, ni aun cuando voluntariamente haya ingresado en las filas del ejército; y por consiguiente son pocas las veces que tiene que echar los bofes, por un lapso cualquiera, con toda la fuerza de su voluntad. Ni uno solo de nuestros trabajadores estaba obligado a servir, y las leyes de Estados Unidos no lo hubieran forzado a seguir trabajando si todos ellos nos hubiesen abandonado en medio de nuestras tribulaciones. Algunos, nacidos en Europa, lo hicieron así. Estas son las páginas de mi diario:

11 de Diciembre.—Hombres y animales obligados a pasársela sin comer desde temprano de ayer hasta esta mañana. Todos trabajaron sin descansar. El reumatismo me invalidó esta mañana. A pesar de los esfuerzos no pudimos avanzar más de mil pasos en todo el día. En la tarde la mitad de los vagones quedaron rezagados en el camino. Dos vagoneros, desalentados por los trabajos que tuvieron que hacer desde el comienzo, abandonaron en el trayecto sus caballos y vagones, y desaparecieron.

12.—Con dificultad la caravana emprendió la marcha. Comienza a llover. La mitad de los vagones avanzaron unas cinco millas desde la ciudad; pararon para acampar. Los otros siguen desperdigados.

13.—Se mandaron a recoger los vagones rezagados, y en la noche vivaqueamos juntos. Torrencial aguacero. Absurdo pensar en seguir. El campamento se ha inundado. Imposible encender fuego, y ayer la gente se desayunó con lo último que teníamos cocinado. Todo trabajo en el campamento se hace entre el agua y el lodo, y de rodillas.

14.—Hasta hoy se pudieron componer dos ejes zafados hace dos días. Lluve a cántaros de rato en rato. El agua sube de nivel en el campamento.

15.—Imposible salir de esta hoyanca llena de agua y lodo. Vivimos a base de jamón crudo y bizcochos de marinero, y bebemos agua lodosa pisoteada por hombres y animales. Mandamos por cien yuntas de bueyes que vinieran a desatollar los vagones, pero todavía no llegan.

16.—Sigue la lluvia. Debemos salir de aquí a como dé lugar. Con doble número de yuntas logramos sacar la mitad de los vagones y los llevamos hasta Praire Cottage, una pequeña casa de la pradera. Junto a los vagones monto guardia en la noche con dos muchachos mexicanos.

17.—Llega el resto de los vagones, y este trabajo continúa hasta las 2 P.M. No avanzamos nada hoy.

18.—Amanece la tierra cubierta de escarcha. A fuerza de arduos trabajos la caravana avanza hoy tres millas.

19.—Las mulas a punto de perecer por falta de forraje. La yerba de la pradera, generalmente mustia y falta de valor nutritivo, comienza a podrirse. Voy a caballo a Victoria a comprar unas pocas carretadas de maíz para los animales, y a alquilar unas cien yuntas de bueyes.

20.—El camino a Victoria está casi impasable. Hago algunas amistades en el hotel, con miras a averiguar cómo y dónde puedo conseguir lo que busco; y en el comedor me encuentro con algunos "viejos texanos". Ofrezco aquí una muestra de sus bromas y consejas. "Ser peor que yo", dijo uno a otro, "es lo que llamo una perfecta ridiculez. A veces me avergüenzo de mí mismo; y para eso tengo que ser en verdad muy malo; pero Bill es peor aún, y esto sí que es ridículo". Este mismo hombre le gritó a otro, durante una conversación: "No seas bobo, no tienes por qué temerme; nunca maté a nadie que fuera medio blanco como tú". Las pláticas de estos matones hicieron que fijara la atención en una muchacha de esas de la vida fronteriza de Texas, y, a ciertas preguntas mías, me contaron lo siguiente: Era una amazona norteamericana, perfecto espécimen de bandida, quien por inclinación a eso se fue a vivir a la frontera salvaje del río Grande. Maneja el revólver y el puñal como los más expertos desalmados; baila el fandango con sus armas encima, y hasta ha tirado a unos cuantos en esas parrandas. Su negocio es la ganadería y hace también de arriero. Laza en las praderas caballos salvajes para venderlos, y, sola, lleva su carreta tirada por bueyes por todo aquel territorio de mala reputación, comprendido entre Corpus Christi y el río Grande.

21.—En vano fui a todas las granjas vecinas; nadie quiere alquilar sus bueyes por temor a perderlos en los malos caminos.

22.—Vuelvo a los vagones y los encuentro acampados a la orilla de un arroyo de la pradera, hondo y pequeño, llamado Zorrillo. Las mulas se soltaron durante un violento "norte", a causa del cual en menos de media hora varias murieron de frío. Afortunadamente llegó el maíz para los animales. Los muchachos mexicanos están alegres y no les importan los tra-

bajos y las privaciones. Esta tarde les oí cantar: “¿No somos hombres acaso? Haga calor o haga frío, hayamos comido o no, nosotros seguimos cantando”.

23.—Toda la noche ha llovido. Sale el sol en la mañana. Seguimos acampados, y las mulas comiendo maíz.

24.—La noche muy fría, con fuerte “norte”. Seguimos aquí para que descansen las mulas. Triste víspera de Navidad en esta pradera desolada.

25.—Partimos a las ocho de la mañana con sólo la mitad de los vagones y dobles troncos de mulas hasta llegar a tres millas de Victoria. Llega en coche con su esposa un granjero vecino trayéndonos unas botellas de ponche de huevos.

26.—Pasamos por Victoria en camino a Guadalupe. De Port Lavaca aquí son unas treinta millas, lo que nos ha llevado dieciséis días.

27.—Cruzamos el río Guadalupe transbordando los vagones, tarea que nos tomó todo el día. Entre tanto, diez hombres se ocuparon en reparar el camino del otro lado del río.

28.—Las mulas pasaron el río en el transbordador. Se fueron las lluvias. Cielo despejado, sol calentito y aire suave. Siete vagones penetran en la pradera.

29.—Noche fría, deliciosa mañanita. Llegan los otros vagones. El terreno de las riberas del Guadalupe es barro negro y duro, el que cuando llueve se vuelve casi impasable.

30.—Reanudamos el viaje y en la tarde cruzamos el Coletto.

31.—Del Coletto al Manahuia. Los vagones, apenas se salen del camino, se hunden bastante en las arenas del oeste de la pradera.

19 de Enero de 1854.—La noche muy fría, el día caluroso. Cruzamos el Manahuia; arenas movedizas como las del Coletto. Vivaqueamos cerca de Goliad.

2.—Escarcha en la noche. Salimos de Goliad a Hoyos de Agua; agua estancada en la pradera.

3.—Noche calurosa. La temperatura templada ha hecho salir de sus cuevas a las cascabeles.

4.—Sigue el calor. Llegamos a las cercanías de Helena, pueblo a la orilla del río San Antonio.

5.—Noche muy calurosa. Los mosquitos no nos dejan dormir. Al viejo López le picó (?) en la cara un insecto ponzoñoso; alacrán o ciempiés. Se le inflama la cara. El hombre está como aturdido, cae, no puede levantarse y se le entumece la lengua. El remedio universal es aguardiente, y se le da; ya no nos queda más que media botella. El día se va acabando. Al anochecer se desata repentinamente del norte la más pavorosa tormenta que he visto en Texas. De una agradable temperatura de verano (entre 75° y 80° Fahrenheit), baja en menos de diez minutos a casi punto de helarse; o, para ser exacto, se forma hielo en toda superficie expuesta al viento del oeste. Yo andaba a caballo, sin abrigo ni bufanda, cuando vi aproximarse una espesa neblina; mientras tanto corrientes de aire bajaban la temperatura de manera sorprendente. Apenas me había puesto el abrigo y enrollado una bufanda al cuello, cuando la tormenta helada se nos vino encima violentamente. Por dicha llegamos al valle del Cibulo; pero varias mulas murieron de frío.

6.—Paralizados por la tormenta. Caen agujitas de hielo. Un mexicano, viejo que llevaba ya una semana con disentería, me mandó llamar porque se sentía morir. Fui allá y me dijo que se moría, no de ninguna enfermedad sino “por falta de alimento”.* Yo le había prohibido comer frijoles. “Yo tengo que comer mis frijolitos”,* dijo en tono tan quejumbroso y lastimero que no pude resistir. Ordené entonces que le dieran cuanto frijol quisiera, y se hartó de ellos. Desde ese momento empezó a sentirse mejor.

7.—Continúa la tempestad del norte, con cellisca ahora; esto retarda el viaje. Varias mulas desaparecieron buscando dónde guarecerse, tal es el mal tiempo. Algunos hombres salieron a rastrear otras que por la misma razón huyeron hace varios días. No nos quedan ya hombres ni bestias de silla para mandar a buscar los bueyes que se han perdido.

8.—Pasó el “norte”; y la tormenta también. La noche serena, y la tierra amaneció escarchada. Reemprendimos la marcha y viajamos sin descanso hasta llegar a un caserío de mexicanos texanos; estamos a unos mil pasos del río San Antonio. Hay una laguna en la vecindad en la cual se ven millares de gansos silvestres, y en las orillas grandes bandadas de garzas. Anoche tuve calentura muy alta, pero amanecí bien, y esta noche estamos alrededor de una fogata pasándola muy contentos. Don Guillermo tiró dos pavos que, cocinados con arroz, quedaron sabrosos.

9.—Noche agradable y quieta. Amaneció con nieve el suelo. Rodamos sobre tierras de piedra arenisca terciaria y conglomerados; por aquí y por allá se ven robles. Varias hondas quebradas nos impidieron avanzar hoy. Logramos llegar hasta el arroyo de las Calaveras.

10.—Nos llevó seis horas cruzar el riachuelo. Hay en la pradera varias lagunetas con infinidad de aves acuáticas. Paramos cerca de una de ellas.

* (Así en español).

* Otra vez en español.

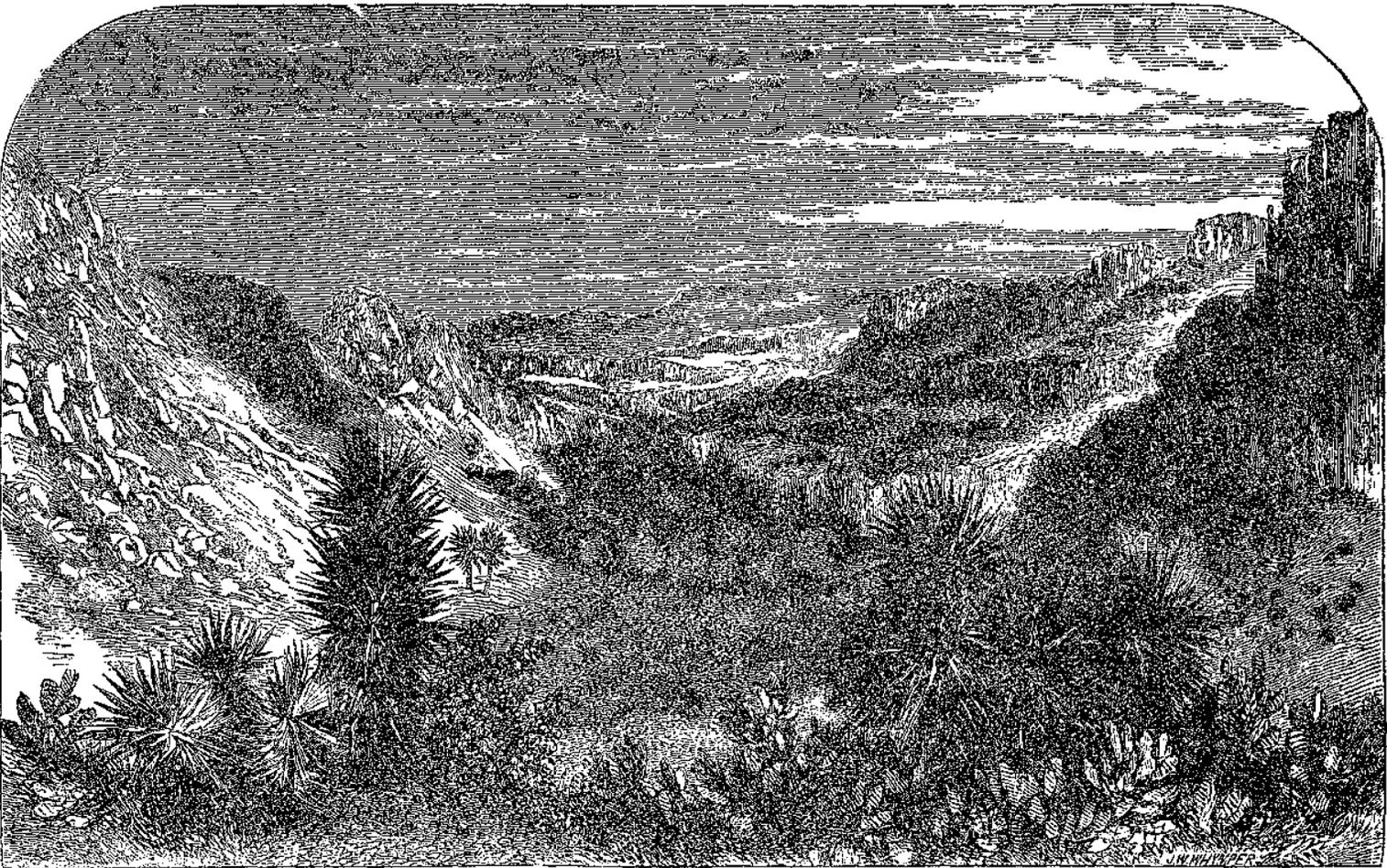
11.—En la noche otra vez el “norte”, pero no tan fuerte. Seguimos hacia el Salado, en donde pernoctamos para no hacer caminar a los animales con el frío que hacía.

12.—Cruzamos el río y acampamos allí.

13.—Llegamos a San Antonio y seguimos hasta tres millas más allá. Ruego al lector me excuse por tanto detalle, que, si bien poco interesante, es la única manera de dar una ligera idea de lo que es un viaje en invierno a través de las praderas texanas.

Treinta y tres días gastamos en caminar ciento sesenta millas a lo más, de manera que no hicimos ni cinco millas al día. Y todo ese tiempo fue de hambres cotidianas, fríos y mojazonas casi intolerables. Muchos enfermaron, pero siempre sanaron; y eso que vivían a la intemperie, dormían mal y comían peor. Tuve dolores reumáticos a causa de dormir con las ropas empapadas; por suerte me pasaban pronto, y sin ninguna complicación.

He querido agregar estas notas para animar a quienes quieran hacer un viaje de placer similar al mío.



Abrevadero, llamado Hoyo del Hombre Muerto.—Libro III, Cap. 3.

CAPITULO III

De San Antonio a El Paso — Basalto en la piedra caliza — Ermitaño sospechoso — Un indio tanko — Un “norte” caluroso — Peces fosilizados — Gansos y pelícanos — Pavos, águilas y castores — Encuentro con amigos en el Pecos — Esqueletos humanos — Camino a El Paso — Incendio en la pradera — Aire caliente, polvo y chispas eléctricas — Fenómeno atmosférico — Tempestad de nieve — Valles y desfiladeros — Pórfido del Limpia — Concordancia de la fisonomía de la naturaleza — Encuentro con apaches — Alamos de San Juan — Un cadáver — Vista desde la meseta — Penalidades del viaje — Aguadero del Muerto — Filones metalíferos — Cerro del Aguila y fuente del Aguila — Madera de espadillo — El río Grande — Desfiladero rocoso — Formaciones gredosas en tierras de aluvión — Llegada al establecimiento — San Eleazario — Socorro, Isleta y El Paso.

Varios asuntos nos detuvieron en San Antonio hasta el 19 de Enero. Luego, dejando el campamento de Alazán, la caravana siguió adelante.

Hasta el abrevadero de Agua Dulce, mencionado en un capítulo anterior, seguimos el camino que ya había recorrido yo en mi viaje a Chihuahua en la primavera pasada. Diré poco acerca de este trayecto.

Treinta y cinco días empleamos hasta el río Frío, el mayor tributario del Nueces; nada importante ocurrió. Pero el punto por donde se cruza el río sí merece mención. Como la mayoría de los ríos de esta región del país, el río Frío tiene partes profundas y también de poco fondo; y a trechos arrastra un buen caudal y en otros no. El punto por donde pasa el camino es una planicie que se extiende al pie de una loma perpendicular. Al otro lado de la corriente crecen robles y avellanos, y el paisaje es aquí muy interesante, para el geólogo sobre todo. Del Sabinal para adelante aparecen rocas de basalto. Esta piedra es en partes de color azul, con filamentos fibrosos, tales como aragonita, celestina, o asbesto y mármol serpentina, que se ramifican como una red. En el Fuerte Inge se ven también materias volcánicas en la piedra caliza que forman una loma cónica

de basalto gris con feldespatos y augita; y entre Elm Creek y el Fuerte Clark aparecen afloramientos similares de basalto.

Mientras subía por entre unas rocas de basalto del río Frío, me pareció ver algo como huellas de oso; las seguí con gran atención hasta llegar al borde de un precipicio. Su base estaba tan metida hacia adentro que desde mi lugar no la podía ver. Parecía que el punto que yo pisaba estuviera suspendido en el aire, y desde allí el agua de las lluvias cae hasta el fondo del río. Este punto, como bien puede colegirse, es inaccesible desde arriba, pero se puede ir a él cruzando a nado el río; o bajando atado a una cuerda. Fue por tanto grande mi sorpresa cuando me di cuenta de que el lugar estaba habitado por un hombre. Un sendero lateral llevaba del borde del precipicio al agua, en cuya orilla vi clavadas algunas varas de pescar. Por entre el ramaje de los arbustos distinguí el hojoso techo de una cabaña, y hasta creí oír una voz humana que salía de allá abajo. Se me vino entonces a la memoria la cabaña de los negros esclavos prófugos que había visto en el río del Diablo, y la carne humana asada; así que no quise ir en busca de quien o quienes vivían allí.

En el Fuerte Inge un indio viejo de la tribu tanko visitó nuestro campamento, pero siendo un tipo agrío no fue recibido con agrado. Al manifestarnos las consabidas frases de amistad, uno de los nuestros le respondió: "Sí, ahora estás hablando de amistad, pero si uno de nosotros cayera en tus manos lo degollarías". El viejo entendió que lo amenazaba con cortarle la garganta, y comenzó a mirarnos a todos muy asustado pensando que esa era nuestra intención. Cuando clavó sus ojos en los míos vio que yo por lo menos no deseaba hacerle ningún mal, y alargando su mano estrechó la mía; y luego me abrazó, exclamando repetidamente de manera muy expresiva: "¡Manito!", corrupción de "hermanito", en español. Pareció entonces aplacarse, pero en seguida abandonó el campamento. Al día siguiente que llegamos a una toldería de tankos, en la ribera del Nueces, la encontramos desierta. Los fogones aún ardían, y era evidente que nuestra aparición los había hecho huir. Si fue por el mal recibimiento hecho al viejo, o por una mala interpretación de lo de la garganta, o bien porque en broma le dijeran algunos que visitarían a las muchachas de su tribu, no lo sé. En la jornada del Nueces al arroyo del Pavo nos sorprendió un violento "norte" con temperatura bastante cálida. Un "norte" caluroso parece ser una incongruencia, pero la cosa se explica fácilmente suponiendo que el viento hubiera hecho un círculo en dirección horizontal o vertical, y que lo que creímos fuera viento procedente del norte procedía en realidad del sur.

En una cantera del camino cerca del Fuerte Clark, encontré, entre otras petrificaciones sin importancia, pequeños peces, pudiéndose ver claramente la estructura de sus aletas y la piel; ésta no tenía escamas, pero era granulada, como de tiburón.

En el arroyo de El Zoquete, que probablemente se conecta con el Maverick, vi gansos silvestres de especie nueva para mí, y de tamaño extra-

ordinario. Cobramos tres pájaros más grandes que esos, los que al principio creímos eran cisnes, pero más parecían pelicanos. Eran blancos, con alas negras, y chillaban agudamente.

San Felipe se llama una fuente clara que fluye rápidamente. Brota de una capa de piedra caliza, y es un precioso río de la pradera que en su curso forma varias pequeñas cascadas. En una poza honda pesqué con vara y sedal un bagre de buen tamaño. La familia de los siluros está bien representada en todos los ríos y arroyos de estas zonas por una gran variedad de especies. Al final del último libro de esta obra describí los alrededores del río del Diablo; y aquí sólo quiero hacer la observación de que en esta época del año (Febrero) en el valle abundan los pavos. Sobre los chaparrales en que ellos se ocultan se ven volar águilas de enorme tamaño, de cuerpo blanco y alas negras. Nuestros mejores tiradores trataron inútilmente de cazar a uno de esos monarcas del aire; el que más cerca le anduvo sólo logró arrancarle una pluma de sus grandes alas. Nuestra mesa, no obstante, estuvo siempre bien provista de buena caza durante el viaje por esos rumbos. El pavo silvestre es un ave de cuyo tamaño y belleza los pavos domésticos dan sólo una ligera idea. Nuestros cazadores mataron también varios venados. Noté la marca de dientes de castor en los troncos de los árboles ribereños; estos bichos habían tumbado un sicomoro de gran porte, y la corteza de muchas ramas había sido también pasto de ellos. Aquí deben haber vivido muchos indios entre los días de la primavera en que pasamos por aquí⁴² y esta fecha. En varios lugares encontramos ranchos desiertos que no habíamos visto en nuestro viaje anterior.

De las ocho de la mañana a las dos de la madrugada del día siguiente viajamos sin parar desde aquí a Howard Springs, que son cuarenta y cinco millas. Antes de partir yo había montado guardia de las cuatro a las seis de la mañana, y al llegar a nuestro próximo campamento me tocó de nuevo de las dos a las cuatro de la mañana. Estuve pues en servicio activo veinticuatro horas completas. Pero en seguida, con cuatro horas de sueño, me repuse.

En el Pecos topamos una caravana que rompió la monotonía del viaje. En ella reconocimos a varios amigos que venían del lugar hacia donde nosotros íbamos. Cambiamos muchas noticias que para ellos y nosotros eran importantes. En Ojo de Ahuancha (Comanche Spring para los norteamericanos) vimos cuatro esqueletos humanos, y un poco más allá otro. Supimos después que, desde nuestro viaje de la primavera, varios hombres que venían de California habían sido asesinados por los comanches. Estos mismos indios vendieron en Presidio del Norte algunos objetos robados a los muertos, y se jactaban de su hazaña.

⁴² En 1857 fue este valle otra vez escenario de sangrientas batallas peleadas con los indios, en las que las tropas de Estados Unidos sufrieron fuertes bajas.

Quiero explicar lo del nombre del abrevadero del punto en donde el camino que va al Presidio se aparta del que va a El Paso. Ya he dicho que este lugar se llama Agua Delgada, y lo sigo llamando así. En los mapas norteamericanos y texanos se le llama Lion Spring (Fuente del León), en tanto que los mexicanos le dicen Ojo de León al primer abrevadero que se encuentra en el camino de aquí al Presidio; y al punto en donde el camino se bifurca le llama Agua Delgada. Creo que los viajeros mexicanos son los que le aplican el nombre más antiguo y correcto.

En este campamento nos vimos en un gran peligro. Detuvimos los vagones en un terreno llano cubierto de yerba seca, con ciertos parches pelados; aquí hicimos fuego para cocinar. Mister Kaufmann advirtió que era peligroso que la yerba se prendiera, y ya me tenía nervioso de tanto repetirlo, cuando de repente vi que en cierto punto la yerba estaba en llamas. Corrí a apagarlas, pero no pude a pesar de todos mis esfuerzos; y cuando al fin lo logré noté que detrás de mí se alzaban otras llamas. El aire caliente que respiraba me quemaba ya la boca y la garganta, y hasta casi perdí el conocimiento. Tenía el cabello y las barbas chamuscados, y habría tenido que abandonar la lucha si no hubieran llegado en mi ayuda veinte o treinta hombres con frazadas de lana que echaron encima de las llamas a punto ya de llegar a los vagones, aunque por el otro lado seguían devorando la yerba seca. Lleváronse a las mulas a lugar seguro, y todos volvimos a respirar. Si la ayuda se hubiera retardado un minuto más los vagones se habrían quemado y la vida de toda la caravana se hubiera visto en peligro de muerte. No sé hasta dónde se propagaron las llamas.

Me extenderé en lo de nuestra jornada a El Paso, ya que fuimos por un nuevo camino, y nos llevó veintiocho días.

Del aguadero cogimos primero sobre una meseta desolada cubierta de arbustos grises y yerba rala, en la que vimos grandes manadas de venados. En pocas horas llegamos a un terreno plano enojado a trechos por la "*Opuntia arborescens*". A lo lejos, hacia donde iba nuestro camino, se alzaba la Sierra Limpia. Al pie de ella vimos unas columnas de humo que algunos días después confirmamos eran señales de los pieles rojas. Durante la jornada estuvo el cielo preñado de negros nubarrones, que, con un aire sofocante, parecían presagios de tronada. Cayeron gruesas gotas de agua. Soplaron en seguida ventarrones que levantaron nubes de polvo asfixiante envolviendo a la caravana en una tolvanera tenebrosa. Luego, al caer la noche, de nuestras ropas y de los arneses de las bestias se desprendían, al menor movimiento, infinidad de chispas eléctricas; cada latigazo sobre el lomo de los animales era un reguero de luz. Ya hablé de este fenómeno atmosférico cuando por primera vez fui testigo de él en el interior de la América del Norte; pero nunca como este día (24 de Febrero) fue tan palpable en la pradera del este de la Sierra Limpia. De la punta de los dedos me brotaban chispas al tocar cualquier parte de mi ropa. Quiero también decir que, coincidiendo con este fenómeno, sentí repetidas veces repentinos ataques de reuma que me atiesaban la pierna izquierda y me producían fuertes dolores de cabeza. La tiesura, por suerte, no me duraba más de una o dos horas.

Seguimos nuestro camino hasta las dos de la mañana. Durante la travesía cambió el aire caliente a un helado viento norteño acompañado de una tempestad de nieve que nos obligó a detenernos veinticuatro horas. Los animales no bebieron agua en todo ese tiempo, pero no parecían sufrir de sed, ya fuera por la humedad de la atmósfera o bien porque mordisquearan la nieve. El día siguiente fue también apacible; la nieve se derretió y continuamos rodando.

Iba yo adelante cuando vi tres carneros monteses, uno de los cuales pude haber matado si los hubiera seguido; pero, a la distancia a que estaban los confundí con osos, y confieso que no me atreví, solo como andaba, a enfrentarme a tres de esas fieras. Cuando descubrí mi error ya iban demasiado lejos y alto entre los riscos de la sierra.

Estábamos ya en la Sierra Limpia, de donde se despliega el Valle Limpio sobre la llanura. Los mexicanos llaman Las Limpias a una serie de fuentes y pozas que esmaltan los valles y los pasos de la sierra; nuestro camino nos llevó por varios días entre ellas. Esta sierra forma parte de una cordillera de pórfido, por la cual, en un sector meridional, el camino conduce al Presidio del Norte, a través de aquel paso que ya dije se llama Puerto del Paisano. La Sierra de Guadalupe, sobre la cual, más al norte, pasa otra ruta de Texas al río Grande, se une con esta cordillera. Otra parte de ella se llama Sierra del Diablo, nombre que no encajaría mal a toda la cordillera. El largo desfiladero rocoso por entre el cual va el camino de El Paso que cruza la sierra, o tal vez cierta parte de ella, los norteamericanos lo bautizaron con el nombre de Wild Rose Pass. Probablemente designe con exactitud el paso sobre un yugo de ciertas montañas, que los mexicanos llaman Cuesta de las Limpias. Este, no obstante, no es el paso central que atraviesa la sierra; sólo corta una curva de un sector impasable del valle. Aquí el viajero cruza por entre una serie de largos desfiladeros y angostas cañadas, hasta que sin darse cuenta llega al costado occidental de la sierra, y a la propia cima de la meseta de este lado del río Grande.

De la base occidental de la sierra el agua de las lluvias corre sobre estos valles y desfiladeros hacia la llanura de su base oriental, en donde muere. En la estación seca, por el contrario, el viajero depende de unos raquíticos manantiales y pozas casuales, y si se desviara de la ruta podría morir de sed.

Por donde entramos a la sierra procedentes de la pradera, se alza a la derecha un alto cerro, por cuya base oriental corre un estrato horizontal de piedra caliza. No podría decir si éste pertenece a una formación jurásica o gredosa; pero el pórfido de Las Limpias es sin duda más antiguo que este estrato de piedra caliza, la que en muchos sitios cubrían guijarros de pedernal.

Por la izquierda nace una sierra de rocas de pórfido que, vista desde una altura, parece longitudinalmente una cañada, y, por consiguiente, semeja una doble hilera de rocas, con una profunda hendedura en medio.

En varios lugares hay pruebas de que las masas de pórfido, de cuyo material está formado todo este sistema de montañas, originalmente se extendieron en mantos horizontales sobre un substrato de rocas, y que coladas similares de substancias derretidas se han vaciado periódicamente unas sobre otras. El cerro más alto, o el más imponente de todo este sector, es el Whitting's Peak, junto con otros de casi igual altura que están cerca, y todos tienen mantos de pórfido; abajo hay terrazas de la misma clase de roca en igual posición horizontal. Por el norte del Whitting's Peak, y entre él y otro cerro vecino, todo el sistema de estas sucesivas coladas de substancias derretidas se ha hundido, y formado el valle en el centro, cuyas capas de pórfido se inclinan de ambos lados simétricamente hacia adentro.

Me sorprendió la hermosa armonía y unidad de los elementos fisionómicos que componen el paisaje. La naturaleza es aquí, más que en ninguna otra parte vista por mí, igual que un paisajista que hubiese compuesto un cuadro con el gusto más sencillo y refinado. Por ejemplo, en los pináculos y torrecillas de la roca café hay enebros que tienden a imitar extrañas formas de masas minerales. En otras partes de esta admirable región, del estilo gótico de las masas de rocas se pasa a la prehistoria, y la vegetación cambia también a la par.

Vuelvo ahora a nuestra entrada al Valle Limpio, después de la tormenta de nieve. El primer aguadero que debíamos encontrar, un pequeño manantial entre rocas del lado norte, al que indistintamente dan los mexicanos los nombres de Agua Escondida y Los Barriles, lo teníamos todavía a dos millas, y los animales no habían bebido agua desde hacía dos días. De repente tuvimos que parar ante la presencia de una banda de ochenta o cien apaches, todos bien armados. Venían exactamente adelante de nosotros, y clavaron una lanza en el camino, como señal de que debíamos parar. Hasta ese momento no habíamos tenido que luchar más que contra los elementos de la naturaleza, pero ahora parecía que tendríamos que abrirnos paso por la fuerza de las armas. El encuentro, naturalmente, nos alarmó. Tan pronto como la avanzada de nuestra caravana vio bajar a los indios en fila por una cuesta con un pendón que traía el de adelante, los primeros vagones comenzaron a formar el corral mientras el grito de "¡los indios, los indios!" recorría la caravana de punta a punta. Yo venía de último y a pie para hacer ejercicio y había dejado mis armas en el vagón. Bestias y vagones corrieron en barajustada a formar el corral, dejándome solo atrás, mientras los indios comenzaron a desplegarse en alas, por la derecha y la izquierda, envolviéndonos en círculo. Esforzándome para no quedar aislado, logré llegar a donde se estaba formando el corral.

Las cosas, sin embargo, tomaron un cariz más pacífico de lo que al principio esperábamos. Habíamos hecho nuestra maniobra rápidamente y en orden perfecto; y aun cuando algunos mexicanos se habían acobardado embadurnándose la cara de harina, probablemente para que los indios los tomaran por blancos, sumábamos unos treinta buenos tiradores atrincherados detrás de los vagones; así que los pieles rojas, si nos hubieran atacado, habrían salido trasquilados. Tal vez esto lo vieron antes y sólo trataron de amedrentarnos para que les regaláramos algo.

La banda de indios tenía dos jefes —los hermanos Marcos y Soldadito— ambos muy conocidos. Pertenecían a la familia de los mescaleros, y habitaron antes las riberas del río Grande, cerca del Presidio del Norte, donde, por largo tiempo, habían sido el terror de los alrededores, hasta que fueron echados de allí y empujados a las soledades de Texas por los nortefños y sus aliados los comanches. Supe después que los restos de la banda del renombrado Espejo se habían juntado a estos que ahora teníamos en frente en son de guerra, y que eran los mismos que nueve meses antes habían sido vencidos por las fuerzas nortefñas en combinación con los comanches.

Tan pronto como me desocupé, me fui al grupo en que los dos jefes hablaban con mis compañeros. Allí vi la lanza que habían clavado para detenernos; la rubia cabellera de una mujer asesinada flameaba al viento. La punta era una vieja hoja de espada con esta inscripción: “Por el Rey Carlos III”. Un prisionero mexicano era el intérprete de la conferencia, y oí que Marcos se dirigía a don Guillermo llamándole “capitán”. “Usted es rico”, le decía el apache; “sus vagones suenan como truenos en la pradera. Los hemos venido espionando. Ustedes se sientan alrededor de sus fogatas y fuman bastante tabaco. Nosotros, en cambio, somos pobres y pacíficos. Somos sus amigos”. Un generoso obsequio de tabaco selló los términos de paz y amistad. El Soldadito se esforzaba en querer hacerme entender que no debíamos temer nada de ellos. Sobre su mano abierta apoyaba la cabeza con los ojos cerrados y repetía: “¡Seguro!”,* queriéndome decir que podíamos dormir tranquilos. “No cree usted”, me decía por medio del intérprete, “que pudimos haberlos saqueado y matado a muchos de ustedes? Por muchos días no les hemos quitado los ojos. Pero nosotros no les tenemos mala voluntad; ahora pueden viajar sin temor; no nos volverán a ver”. Al principio toda la banda —cuyo número había aumentado con la presencia de muchas mujeres y niños, y todos tan bien armados como los hombres —quería acompañarnos hasta el aguadero; pero, al rehusarles su ofrecimiento, los jefes acataron nuestra voluntad. Uno de ellos dijo algo a la gente, e inmediatamente se dispersaron por todos lados, uno a uno o en parejas. Y no volvimos a verlos. Antes de nuestro encuentro, y también después, mataron y robaron a otros, pero de nosotros no se llevaron ni una mula.

Después de esa alarma, y de lo que habíamos sufrido a causa del mal tiempo, pasamos una noche tranquila en el aguadero, que sirvió de refresco y descanso a hombres y animales. Cuatro días seguimos rodando por los desfiladeros de la Sierra Limpia, hasta que el 3 de Marzo llegamos a la meseta del oeste de la cordillera. Los detalles topográficos de esta jornada fastidiarían al lector y ya he descrito lo suficiente de la fisonomía de esta admirable región.

Un gran mal, del que habíamos sufrido ya lo suficiente en los yermos, se agrandó cuando llegamos a la meseta. Por un gran trecho, sobre cerros,

* (Así en español).

valles y praderas, la yerba era sólo cenizas, y los perjudicados fueron, naturalmente, los pobres animales. Apenas había una que otra manchita de grama que empezaba a reverdecer. La parte quemada era de centenares de millas cuadradas; y donde esta desolación terminaba comenzaba la llanura asolada por las marmotas, que era de extensión igual a la de la parte quemada.

La falta de agua se acentuaba a medida que avanzábamos. Varias caravanas de vagones tirados por bueyes, y grandes partidas de ganado, en viaje a California, habían perdido centenares, por no decir miles de sus animales en el terreno que íbamos pisando, y la ruta, moteada de osamentas, era testimonio de ello.

El último aguadero de La Sierra Limpia (en la meseta al oeste de los desfiladeros) ha sido bautizado por los norteamericanos "Head of the Limpias". No estoy seguro de si éste es el mismo que los mexicanos llaman Alamos de San Juan. En todo caso, ambos aguaderos, si no son el mismo, están situados uno cerca del otro. Hicimos alto en Los Alamos, en donde, en una depresión de la meseta, al pie de unas colinas rocosas con interesantes porciones de pórfido, cercadas por álamos y laureles, hallamos una copiosa fuente. Algunos de nuestra gente que deambulaban por los alrededores encontraron entre las peñas de una loma, el cadáver desnudo de un hombre blanco que parecía llevar ya varios días allí. En el lugar había señales de haberse entablado una lucha feroz, pero no tuvimos tiempo de investigar detenidamente. Como el muerto tenía el cuero cabelludo intacto, dedujimos que no lo habían matado los pieles rojas.

Siguiendo nuestro camino llegamos a una llanura de un nivel más alto, sin árboles, con cerros y peñascos aislados, de forma redonda los más. Aglomeraciones de rocas cuarzosas, aydacentes a un pórfido café, daban al paisaje un toque extraño. Desafortunadamente nos tocó viajar allí de noche, de modo que sentí pesar de no verlo de día, aunque saqué una leve idea de cómo era. Algunos de los panoramas contemplados durante el día eran de notable belleza, no obstante la falta de árboles y arbustos. La misma monótona yerba cubriendo lomas y valles de la llanura, día tras día, hasta donde alcanzaba la vista.

Por una ruta escabrosa subimos y bajamos lomas a través de una serrería rocosa, hasta que al fin entramos en una terraza más baja de la meseta. Casi exhaustos arribamos a medianoche a un arroyo seco, en el que esperábamos hallar agua. Pasamos el día siguiente allí cavando pozos y dando de beber a los animales. Es imposible dar una idea de lo difícil que es esta tarea, pues hay que lazar a las bestias una por una, llevarlas a la profunda quebrada, y allí darles agua en un balde; y hay que ver que eran trescientos veinte animales. Cuando le tocaba el turno a la última mula, ya la primera estaba otra vez con sed... Había que tener separados a los grupos de la numerosa recua: las que habían bebido y las que no, cosa sumamente difícil; y, entre tanto, debíamos mantener una numerosa custodia a su alrededor. No había allí un solo hombre ocioso ¡si hasta los cocineros tenían a veces que arrimar el hombro!

Habíamos confundido este lugar con el próximo abrevadero que por cierto tiene un nombre temeroso: El Muerto. El agua aquí no parecía ser más abundante ni accesible. Un pequeño valle de varias millas se extiende entre amontonamientos de pórfido, y entre ellos crecen robles. Entre las rocas y arbustos descubrimos un hilito de agua que fluye sobre las piedras y llena unos hoyitos de los que sacamos unas pailadas de agua. Pero por suerte alguien dio con otra fuente a varias millas de allí; esta sí dio suficiente para las bestias. Con el agrado general sesteamos todo el día allí. Ese lugar es muy solo; y en algunas alturas estratégicas colocamos centinelas.

Una jornada de treinta y seis millas sobre terreno desértico y polvoso nos llevó al aguadero de Van Horn cuya agua había agotado una caravana que nos precedió. Así pues, tuvimos que seguir rodando sin dar de beber a los animales. Y en todo el camino había ganado medio muerto de sed abandonado por otras caravanas; muchas pobres reses, vivas todavía, con los ojos en blanco y la lengua de fuera parecían implorar conmiseración; les dimos el tiro de gracia.

Nos quedaban todavía veintidós millas de viaje para llegar al aguadero Ojo de Aguila. El camino conduce por el lomo de una sierra, donde, entre una capa de piedra caliza por un lado y masas de pórfido por el otro, aparece en medio una capa compuesta de pizarra micácea, pizarra hornablenda, y serpentina estratificada, cubriendo la cima. En esas capas se ven masas de piritas de cobre, malaquita y calamita octahedrita, y creo que si se buscara se encontrarían filones de algún mineral que valiera la pena explotar comercialmente.

Por donde el camino desciende a una planicie, al fin de la cual se alza la Sierra del Aguila, las laderas de las lomas están cubiertas de matas de espadillo, lo cual da un singular aspecto al paisaje. La Fuente del Aguila no está lejos del camino, al pie de la sierra. A su alrededor crecen viejas matas de espadillo que parecen palmeras; en ninguna otra parte las he visto tan grandes. A la caída del sol, cuando sus gruesos y viejos tallos y sus radiantes coronas se bañan de luz crepuscular, el cuadro es bellissimo. A esa hora, detrás del follaje se recorta claramente el pico de un cerro contra el brillante cielo.

La Fuente del Aguila tiene agua suficiente para apagar la sed de varias caravanas que llegaran una detrás de otra, aun en verano; pero siempre es prudente ahorrarla. El lugar dista sólo unas pocas millas del río Grande, pero parece que uno nunca va a llegar allí, pues hay que atravesar treinta y tres millas de un desierto sin agua, antes de arribar a sus márgenes. A lo largo del camino pasamos junto a centenares de hueyes muriéndose de sed, pobres animales abandonados por caravanas que nos precedieron. Muchos muriendo casi al llegar al río y otros en las propias aguas, o en las arenas movedizas de su lecho.

El pórfido vuelve a aparecer adelante sustituyendo a la piedra caliza de la Sierra del Aguila. Un estrecho y tortuoso desfiladero, en donde primero se ve la piedra caliza y después una especie de pórfido y sílex, conduce a la terraza aluvial del valle, en donde aflora una extensa formación de arcilla. El desfiladero tiene sólo tres millas de longitud, pero el camino que va por entre él es tan difícil para los vagones grandes con varios troncos, que nos llevó tres horas recorrerlo. Como a medio camino, a un lado, está una roca redonda con jeroglíficos. La arcilla del valle es como una masa de tierra suelta de color rojo, amarillo, blanco y verdoso, con innumerables cristales de selenita, en láminas, escamas y materias fibrosas. La arcilla yesosa no da lugar a ninguna vegetación, pero las tierras aluviales adyacentes están cubiertas de grama fresca. Aquí y en el desfiladero vi mucho zacate chino, muy apreciado en México, y considerado mucho mejor que la grama, y es tan bueno como la cebada; crece sólo unas pocas pulgadas.

En el río perdimos varias mulas que por haber bebido demasiada agua no pudieron levantarse más.

Estando ya cerca del pueblo de San Ignacio, mandamos a comprar unos cuantos vagones de maíz para los animales. Sin ese refuerzo tal vez no hubiéramos podido llegar a El Paso, pues iban ya tan exhaustos que a cada rato caía una de las nobles bestias, y sólo con mucha dificultad podíamos hacer que siguieran tirando.

El 20 de Marzo acampamos frente al pueblo que dijimos. Sus habitantes cruzaron el río con pollos, huevos y leche para vender.

Ya las cosas parecían ir mejorando. Los álamos de la orilla tenían renuevos. Cruzando un brazo del río llegamos a una isla con tres pueblos de buen tamaño; San Eleazario, Socorro e Isleta. Los duraznos y los perales estaban en flor. Nadie que no haya pasado meses viajando en tierras inhóspitas puede apreciar lo que yo sentí al verme de nuevo entre elementos de la civilización. La isla está en cierta medida a salvo de los ataques de los indios, y tiene sembrados. Sin embargo, buena parte de ella es puro arenales, en los que sólo crecen chaparrales y cierta vegetación salina.

Con Mister Kaufmann me adelanté a El Paso, a donde llegamos el 23 de Marzo.

CAPITULO IV

Nuevos aranceles aduaneros en la frontera mexicana — Continuación del viaje a California — El sistema mexicano de pasaportes — La primera vegetación primaveral en la arena — Cruce del río Grande — Valle de Mesilla — Características geológicas — Se nos junta un asesino — Cómo las viruelas fueron seguro de vida — Río de los Mimbres — Ojo de Inés — Larga jornada sin agua — Laguna Seca — Pozos naturales — Bella primavera y bestialidad de los indios — El Paso de Guadalupe — San Bernardino — Nacimiento del río Yaqui — Jeroglíficos de los indios — Manantiales del río San Pedro — Apaches — Valles encantadores — Capas de conglomerados — Desfiladero impasable — Santa Cruz.

Las medidas que el presidente Santa Ana había decretado desde los días de nuestra expedición comercial, afectaban tan fuertemente la importación de mercaderías a través de la frontera México-americana, que no podíamos pensar siquiera en introducir las nuestras por la aduana de El Paso. Estas medidas, aun cuando fueron suprimidas con el derrocamiento de Santa Ana, merecen un breve comentario.

Los aranceles de México eran en general tan altos que hacían prohibitiva toda importación, pero no se cumplían. Los comerciantes que llegaban a la frontera con su cargamento se entendían con los funcionarios aduaneros para introducir la mercancía sin pagar lo justo, pues nunca enteraban más de la mitad, y a veces sólo una cuarta o quinta parte de lo que legalmente debía ser. Esta práctica beneficiaba al trajinante y a los funcionarios de la aduana, así como al que compraba al por mayor, y a fin de cuentas al público también, pero el fisco perdía ingresos, junto con las altas autoridades. Santa Ana, en consecuencia, reformó la ley con fines de moralidad administrativa y de mejora de la economía nacional. Redujo los aranceles de importación, y, al mismo tiempo, amenazó a los funcionarios aduaneros con aplicarles la pena capital si infringían la ley en perjuicio del tesoro nacional. El resultado fue singular, pues aun cuando los impuestos de importación fueron rebajados considerablemente, los co-

merciantes manifestaron que en esas condiciones jamás podrían importar nada. En nuestro caso, por ejemplo, conforme a las tarifas reducidas hubiéramos tenido que pagar de setenta a ochenta mil dólares, en tanto que, conforme a la vieja tarifa, todo lo habríamos podido arreglar por sólo quince o veinte mil.

El dictador mexicano, atareado como estaba en la ejecución de vastos planes, y cuya insaciable codicia se patentizaba en su propósito de forjar un vasto imperio, dejó una puerta abierta para que el país se abasteciera de mercancías baratas; y fue que reducía los aranceles a los comerciantes que llegaban a la capital a gestionar ante él mismo. De esta manera realizaba el presidente su designio de ser él el único receptor de los sobornos. Y de esta manera al importador le convenía más pedir audiencia al presidente y entenderse allí con él por un precio conveniente a ambos. Al mismo tiempo fomentó el tráfico marítimo —que es principalmente europeo— a costa del comercio por la frontera terrestre, el que más que todo se efectúa con Estados Unidos. De modo que, mientras los aranceles de la mercancía que llegaba por tierra eran altísimos, por los puertos marítimos entraba mercadería europea que a precios bajos abarrotaba el mercado mexicano. Visto lo cual no le quedó otro camino a mis amigos que dejar su mercancía al lado texano del río Grande, y esperar a que las cosas cambiaran, es decir: la caída de Santa Ana. Varios comerciantes llegados de Estados Unidos antes que nosotros, se encontraban en la misma situación. En los pocos edificios de Franklin y Macgoffinville, había almacenados algo así como quinientos mil dólares en mercaderías que iban destinadas a Chihuahua, y que los nuevos aranceles impedían su entrada.

Ya podrá imaginarse el lector lo desagradable que es para un comerciante que, habiendo invertido su capital en una empresa, se ve de repente maniatado de semejante manera. Mis amigos, sin embargo, vieron la cosa filosóficamente, y tomaron la siguiente resolución: dejaron la mercancía en Franklin bajo el cuidado de Mister Mayer, mientras Mister Kaufmann siguió con los vagones vacíos y las mulas a California, en donde esperaba venderlo todo realizando una jugosa utilidad de su inversión que era de unos 40,000 dólares. En cuanto a mí, este percance abrió el camino a mi viejo deseo de atravesar el resto del continente; y ni por un momento vacilé en hacer el camino con Mister Kaufmann hasta California.

Antes, sin embargo, de invitar al lector a que me acompañe a través de las inmensidades agrestes del norte de Sonora, de los desiertos del Gila y del Colorado, y de los desfiladeros de Los Angeles, hasta la costa del Pacífico, quiero hacer unos cuantos comentarios acerca de mi estadía en El Paso desde el 23 de Marzo al 4 de Junio.

El objeto de nuestra larga permanencia tenía dos finalidades: Primero, los animales habían llegado tan cansados que no podían seguir trabajando y sufriendo privaciones; nosotros, igualmente, debíamos esperar el comienzo de las lluvias del verano en las llanuras del oeste del río Grande, y a que madurase el fruto del mezquite de los desiertos del Gila y el Colorado,

en donde esa fruta, en un radio de centenares de millas, es el único forraje para el ganado. Casi pude haber hecho un viaje a Chihuahua en ese lapso; y la verdad es que lo intenté, pero sólo llegué a la mitad del camino, pues la persona a quien deseaba ver allá se encontró casualmente conmigo en media ruta. Al mismo tiempo tuve la oportunidad de darme cuenta del nuevo sistema de pasaporte que Santa Ana había perfeccionado, y que ahora es diferente; en aquel entonces era único en el Nuevo Mundo. Gratos recuerdos de facilidades europeas por largo tiempo olvidadas volvieron a mi mente. Tuve que presentarme a la Jefatura en donde tomaron mi filiación, así como también las de mis criados, y se anotó el número y datos de las armas que llevaba. Tuve además que dar una garantía. Y ya terminado todo esto, se me dijo que volviera dos horas después por el pasaporte. "Es muchísimo trabajo",* me dijo el Jefe Político de El Paso, mientras miraba compasivamente a su cachazudo secretario. Doña Concha, esposa de uno de mis compañeros que iba a Chihuahua con la recua de la conducta, fue eximida de todas esas molestias. "De las señoras no dice nada la ley",* indicó galantemente el Jefe Político.

Si Estados Unidos ha eclipsado al sistema de gobierno inglés haciéndose sentir lo menos posible, México supera al de todas las naciones europeas juntas haciéndose sentir lo más posible en eso de gobernar. Las dos repúblicas americanas vecinas se van a los extremos; pero con la diferencia de que Estados Unidos debe su grandeza a su sistema de gobernar poquísimos, en tanto que México y otras repúblicas hispanoamericanas deben en parte su atraso al sistema de gobernar demasiado.

Por el tiempo de nuestra llegada al río Grande habían pasado por allí dos expediciones científicas encargadas de ver por dónde sería más conveniente construir una línea férrea al Pacífico. Una de ellas, bajo la dirección del teniente Park, enviada por el Gobierno de Washington, había comenzado sus trabajos en San Diego, en la costa de California; rumbeando hacia el este ya en el río Grande. La otra, al mando del coronel Gray, iba por cuenta de una compañía neoyorquina, y había penetrado por El Paso hacia el oeste. No mucho antes de nuestro arribo a Franklin esta última expedición intentó en vano llegar a la poco conocida laguna de Guzmán, cuyo extremo superior, según lo descubrió una segunda expedición que sí logró llegar allá, queda cincuenta y dos millas al sur, y 50° al oeste de El Paso, en la llanura. El primer intento estuvo a punto de terminar trágicamente. Resulta que el grupo se extravió en la llanura, sin poder encontrar la laguna, y por falta de agua tuvieron que regresarse al río Grande, dejando abandonado un vagón con todo lo que iba en él. Algunos, a causa de la sed estuvieron al borde de la locura, pero recuperaron. Al día siguiente de haber llegado nosotros vi a esos valientes volver a su puesto, y dos semanas después llegó un mensajero a dar cuenta al cónsul de Estados Unidos en El Paso que la expedición había hallado la laguna. Entre esos hombres andaba un joven alemán, Mr. Schuchart, oriundo de

* (Así en español).

* Igualmente en español.

Hesse-Cassel, a quien más tarde volví a ver al sur de California, en donde se había incorporado a un grupo de exploradores que en la región del río Gila buscaban minas de plata, cobre y oro, labor más peligrosa todavía que la del coronel Gray.

Antes de salir del río Grande observé que los álamos estaban retoñando a fines de Marzo y principios de Abril; que en la segunda semana de Abril los algarrobos estaban verdes; y que en la tercera semana varias especies de acacias mostraban sus renuevos; árboles estos que forman parte del sotobosque de las riberas arenosas del río. Las diferentes especies de cacto habían florecido desde comienzos de mes.

No quiero pasar por alto un fenómeno que observé aquí repetidas veces, el que seguramente interesará a quienes estudian la fisiología de las plantas. No había llovido en muchos meses; la arena suelta estaba seca, y diariamente la recalentaba el sol; mas, con todo, noté que en ella germinaban semillas. Este fenómeno tiene que ver con aquello de cómo es que la vegetación se mantiene fresca en un país en que falta el agua, que tiene una atmósfera sumamente seca, y que periódicamente no llueve del todo en seis meses del año.

A principios de Junio partimos para California, siguiendo, con leves desviaciones, el camino que va sobre la cuenca del Gila, que se conoce con el nombre de Ruta de Cook. En el Fuerte Fillmore cruzamos el río embarcando los vagones en una lancha de fondo plano. Las mulas lo cruzaron a nado, lo que por cierto fue difícil, pues la corriente arrastró a muchas; otras se volvieron de medio camino a la orilla, y otras más se atollaron en la arena movediza. Pero, después de todo, tuvimos la suerte de no perder un solo animal. Un alemán que se había agregado a la caravana se hundió hasta la cintura en un arenal, y lo tuvimos que sacar halándolo con un mecate. Ya había dicho antes que estos arenales hacen peligrosísimo el cruce del río Grande.

Al otro lado del río era ya el valle de Mesilla. En un capítulo anterior hablamos de la cuestión política relacionada con él. El pueblo de este nombre está en terreno muy fértil y bien bañado por las aguas. La hermosa apariencia de grandes trechos del valle nos decepcionó, pues a primera vista creímos se trataba de pastizales, no siendo otra cosa que una planta de la familia de las compuestas, con pedúnculos verdes, puntiagudos y áfilos, y pequeñas flores blancas; crece abundantemente en muchas millas a la redonda, pero para forraje no sirve.

Hacia el oeste, esta verde hondonada la confina una terraza lateral de declive bastante inclinado, que, formando una especie de meseta, es la que da nombre al lugar. El 12 comenzamos a subirla; el camino presenta allí una interesante fisonomía geológica. Más arriba nos llevó por las profundas cañadas de una curiosa formación de arcilla, de la que los neomexicanos extraen la mica para pegar los cristales de las ventanas.

Visto desde esta altura, el valle de Mesilla, con su verde hondonada, el río apareciendo y desapareciendo entre el ramaje de los álamos, y por el lado de allá la Sierra de los Organos, ofrece un panorama de imponente grandeza.

Pasamos la noche arriba y los animales fueron llevados de vuelta al valle donde había pasto y agua. Estando allí se nos agregó Mr. W., un norteamericano de Virginia. Había vivido en Nuevo México, en donde mató a uno, y, para poder escapar a la justicia nos rogó le permitiéramos viajar en nuestra compañía a California. En estas tierras es imposible evitar la presencia de esa clase de gente. Observé a este hombre durante los meses que duró nuestro viaje, y puedo decir que era afable y con muchas buenas cualidades; pero no podía dejar de beber, y cuando se embriagaba se volvía una fiera. Durante la jornada no tuvo ocasión de ceder a su debilidad, pues nos negamos a darle de beber una sola gota del peligroso fluido. Pero en cuanto entramos al primer establecimiento californiano, soltó amarras. Borracho ya, insistía en que yo tomara con él, y al rehusarme se enfureció de tal manera que tuve suerte de salir indemne. En América del Norte se topa uno muy a menudo con gente de esa laya.

Mr. W., quien había vivido en Santa Bárbara, hizo amistad allí con la tribu de los apaches llamados mina de cobre, que por entonces estaban en paz con los norteamericanos, y se le veía con frecuencia en sus establecimientos. Nos trajo la desagradable noticia de que últimamente se habían agriado las relaciones entre ellos y los blancos. Un hijo del jefe, llamado Ponce, cogió las viruelas, y el comandante del fuerte más cercano —era el decir común— no permitió que el médico del ejército fuese a verlo, y murió. El viejo jefe salió del lugar con su tribu diciendo que en el futuro los viajeros no lo encontrarían tan amigable como antes; y así fue, pues pocos días después nos convencimos de que había hablado en serio. Entre nuestro grupo iban varios norteamericanos con sus esposas mexicanas, los que tenían la costumbre de adelantarse a nosotros en el camino, unos en coche y otros a caballo. Estando a pocas millas de la fuente de Cook, vimos venir por el camino adelante a toda carrera a un jinete que resultó ser el criado mexicano de aquéllos, diciendo que sus amos habían sido sorprendidos en el aguadero por una banda de apaches y que los habían matado. Con los señores W. y C. corrí a toda rienda hacia el lugar mencionado; pero antes de llegar vimos venir a las supuestas víctimas; un accidente curioso les había salvado la vida. Uno de los viajeros llevaba la cara horriblemente desfigurada por las viruelas. Cuando los indios rodearon el coche y miraron adentro en busca de botín, vieron al enfermo, y fue tal su terror que huyeron espantados. Su jefe era el renegado Delgadito, de pésima reputación, que de no haber sido por aquello los viajeros la hubieran pasado muy mal.

En esa oportunidad me contaron varias anécdotas características del viejo Ponce. Había hecho prisionero a un hombre de Mesilla, y ya los pieles rojas tenían todo listo para quemarlo vivo; pero para gozar más de la terrible escena, se emborracharon. Entonces, ya entrada la noche, una

de las esposas del jefe se acercó al prisionero que estaba atado a un poste, y con un cuchillo cortó las ligaduras que lo ataban dejándolo en libertad para que huyera. Ponce prefiere el aguardiente a cualquier otra cosa. Cuando su hijo murió de las viruelas, vendió su mejor mula para comprarse una garrafa de aquéllo. Se sentía tan apesadumbrado que sólo el licor podía hacerlo olvidar. Tomando la garrafa en sus manos la llevó a su hijo menor diciendo: "Le duele tanto la muerte de su hermano al muchacho que voy a contentarlo".

El agua de la fuente Cook tiene buen sabor, es clara y fresca; pero mana de una tierra turbosa, y las pisadas de los animales la empuercan. Ojo de Vaca, la otra fuente a que llegamos, era igual.

Si la Sierra de los Mimbres tuviera conexión con las Montañas Rocallas y con la Gran Sierra Madre, como suele decirse, la hubiéramos encontrado en nuestro camino; pero yo no la he visto más que en los mapas y en los textos de geografía. Entre la fuente Cook y el río de los Mimbres dos veces cruzamos algunos montes, pero eran sólo contrafuertes o los primeros cerros de cordilleras de más al norte; y el camino podría haber pasado bordeándolos por el sur. En estos contrafuertes se hallan las fuentes del río de los Mimbres, pequeña y linda corriente que fluye hacia el sur sobre una ancha planicie, y que en la estación lluviosa llega hasta la laguna de Santa María; ésta no está separada del río Grande por ninguna montaña. En el verano el río se seca en la meseta. En la parte que cruzamos había muchos prados, y por sus lados un espeso sotobosque de mimbres (*Chilopsis*); es uno de los más amenos parajes que encontré en mi largo viaje. La caza abunda en sus alrededores.

A nuestro paso por ese territorio encontramos en varios lugares piedra caliza y piedra arenisca; esta última sobre la primera, y a veces la piedra arenisca formaba muros almenados. Pero, en conjunto, el panorama era una meseta ondulada cubierta de yerba, bordeada en ciertos lugares por cerros aislados, o núcleos de ellos. Al otro lado de Ojo de Vaca, por donde el camino pasa sobre las primeras estribaciones de una serranía, que dejamos al norte, y a cuyo más alto pico los norteamericanos llaman Ben Moore, dícese que hay un manantial que brota del agujero de una roca, y que tiene por nombre Ojo de Inés, el cual se deriva de un episodio romántico acerca de una muchacha mexicana llamada Inés,⁴³ que habiendo sido raptada por los apaches fue rescatada por un oficial norteamericano.

Me sentí llevado por el deseo de internarme varias millas en esa sierra, mientras la caravana seguía su camino. Y cogí una senda trillada por los indios confiando en las patas de mi caballo y en mis armas; y di con un escenario de gran interés y belleza desconocido para el resto del mundo. Los peñascos, de color amarillento, verdoso y perlino, tenían franjas sinuo-

⁴³ La historia de Inés Gonzáles, semejante a millares de otras que según las crónicas han ocurrido en el norte de México, figura en la obra de Berlett, en los capítulos XIII, XVII y XVIII del Vol. II.

sas y alargadas semejantes al vidrio semiderretido. Vi muchos venados que no me atreví a tirar por temor a delatar mi presencia, pues podía haber indios por ahí.

En esta parte del país el camino hace una curva hacia el sur, y cruzando la punta noreste más extrema de la Gran Sierra Madre, por el Paso de Guadalupe —famoso por lo difícil— conduce a Santa Cruz, San Xavier del Bac, Tubac y Tucson; los tres últimos lugares fueron incorporados ya a territorio de Estados Unidos en virtud de la llamada compra de Gadsen. Pero un hombre apellidado Leroux descubrió un atajo que, cortando la curva, lleva directamente a Tucson, por lo que desde entonces lleva el nombre de Ruta de Leroux. Nosotros habíamos planeado utilizarla por ser más corta, aun cuando no había en ella huellas de vagones. En El Paso hicimos amistad con un hombre que iba a California con una partida de ganado. Él ya conocía el camino. Era médico, culto, había estudiado en París, tenía dinero e iba arriesgando parte de su fortuna en un negocio ajeno a su formación cultural; pero ahora, como los patriarcas de antaño, viajaba con su rebaño por esos remotos rumbos del globo. Confiando, pues, en el conocimiento que él tenía de la ruta, días después nos fuimos siguiendo sus huellas.

Ya en la pradera notamos que las huellas de algunos vagones y de las pisadas del ganado se desviaban de pronto y desaparecían entre la yerba de la pradera. Yo estaba seguro de que éste era el punto en que el doctor E. había dejado el camino trillado para coger rumbo al oeste; y tal vez mi opinión habría sido aceptada por el jefe de la caravana si no hubiéramos encontrado un fusil tirado en el camino. Eso, añadido a la repentina desaparición de las huellas entre la yerba, dio pie a otra suposición: de que tal vez el doctor, por alguna causa ajena a su voluntad, había tenido que desviarse del camino. Ante la incertidumbre, Mr. C. y yo dispusimos adelantarnos en busca de rastros de los vagones y del ganado del doctor. Recorrimos varias millas de pradera enyerbada y no vimos nada. Al caer el sol volvimos en busca de la caravana. Esta, entre tanto, había seguido rumbo al sur, y no me quedaba duda de que ya había pasado el punto en donde se decía que el nuevo camino se bifurca; como en efecto ocurrió. Seguimos sobre el camino viejo, y no llegamos al punto en donde el primero se junta al último sino hasta después de cuatro semanas. Aquí, en San Xavier del Bac, volvimos a ver al doctor E. con su ganado. Había llegado dos semanas antes que nosotros. El haber perdido sus huellas nos causó un retraso de algunas semanas, a un costo de por lo menos mil dólares.

La primera noche nos la pasamos sin agua después de una larga jornada desde Ojo de Vaca. Los animales iban muy sedientos desde la salida en la mañana, y teníamos por delante treinta y cinco millas sin nada de agua tampoco. Ya en la tarde hombres y animales estaban exhaustos; todo mundo se sentía deprimido. De pronto apareció en la distancia una superficie brillante y límpida que la gente dijo era agua. La alegría fue casi general, alegría que yo no compartí, pues sabía muy bien hasta dónde

estaba el próximo aguadero. Nadie me hizo caso, y más bien los de a caballo corrieron hacia la supuesta laguna. La refracción de la luz aumentaba la apariencia de lo que parecía ser la superficie del agua, y en verdad que semejaba una laguna de agua amarillenta con isletas verdes decoradas de matas de espadillo aisladas. La caravana en tanto se acercaba gradualmente y llegó al fin al borde de una planicie seca y rasa; al otro lado se alza una alta sierra. Al pie de ella debíamos hallar un aguadero. La laguna seca está en el mapa con el nombre de Las Playas. Hay, no obstante en este territorio dos lugares parecidos. Su lecho es una capa lisa de greda que las lluvias periódicas disuelven; vuelve a solidificarse cuando se seca el agua, y en partes se cristaliza; sobre él pasa el camino. Estaba tan dura la greda que las ruedas apenas dejaban huella, y en muchas partes la superficie brillaba como vidrio. No podría decir si este lugar se cubre anualmente de agua, o si sólo muy de vez en cuando y en circunstancias extraordinarias, que es lo que creo; en todo caso, el lecho nunca coge más de unas pocas pulgadas de agua, como claramente puede verse por las marcas dejadas en la vegetación de las riberas y en las islitas.

Era tiempo ya de llegar a un abrevadero del otro lado. Las barricas de agua estaban vacías. Los animales no habían probado gota de agua en las últimas cuarenta y ocho horas, y la sed atormentaba también a la gente. Por primera vez sentí los efectos del espejismo, que nos hacía ver agua en donde no había. Había leído mucho acerca de este fenómeno, y lo había visto centenares de veces en mis viajes, pero nunca sufrido de sed. Este país encierra muchos fenómenos incomprensibles. Al otro lado de Las Playas llegamos a una pradera de lujuriente yerba, con muchas pozas redondas y llenas de agua tan clara como el cristal. Algunas son tan grandes y profundas que varias mulas que trataron de beber paradas en los bordes cayeron adentro y desaparecieron por un rato bajo el agua; tuvimos que sacarlas con mecates. La vista, mirando hacia atrás, es una de las más bellas que he contemplado en mi vida; a ella contribuyen las variadas formas de las sierras del fondo, tanto como las matas de espadillo que casi parecen palmeras, erguidas en los bordes de la pradera.

El camino va sobre una montaña, al oeste de la cual encontramos un manantial junto a una torrentera que periódicamente mana de un desfiladero rocoso. Su lecho estaba entonces seco. La pradera que se extendía frente a nosotros veíase cubierta de yerba, entre la cual crecían algunas matas de piñuela. Sobre el lecho seco del arroyo crece el llantén, el cual me pareció ser una especie diferente del sicomoro norteamericano (*Platanus occidentalis*), y también crece el llantén del Viejo Mundo. Esta especie, que tiene ramas péndulas, hojas profundas aserradas, y corteza de color verde brillante, se encuentra en los desfiladeros de la América del Norte, y es común también en los bordes de los lechos de torrenteras intermitentes, hasta allá en California. Los mexicanos la llaman aliso.

En la tarde se desató una tronada que duró toda la noche. Los animales, que entonces pudieron beber agua y bañarse, amanecieron revigorizados. En varios puntos de las sierras vecinas se alzaban columnas de humo

a nuestro paso, y durante la noche siguiente vimos fuegos cerca de nuestro campamento. En vista de eso, la mitad de los hombres montaron guardia pastoreando a los animales. Luego llegamos a varias pozas naturales parecidas a las recién descritas; estaban en una hondonada cubierta de yerba y rodeada de cerros calvos. El panorama era pura desolación. Había gran número de pozas de agua lechosa, pero de buen sabor. Las mulas, que una tras otra resbalaban y caían en estos hoyos, nos dieron mucho trabajo; antes de partir cuidamos de que no se nos quedara ninguna. Oculta bajo el borde de los paredones de una de esas pozas, una fiera, tal vez una pantera, tenía su madriguera. Dispersos por ahí vimos huesos de venados y de otros animales que seguramente habían sido muertos por ella cuando bajaban a beber agua. Aquello parecía un rastro; el agua contenía pelos de venado. En medio día de viaje arribamos a un precioso arroyo que discurre entre los prados. No lejos de allí vimos varios ranchos desiertos de indios que seguramente habían huído al acercarnos nosotros. Quizá para vengarse de nuestra llegada, o para expresar su odio al blanco, habían ensuciado el agua con sus excrementos. De noche vimos fuegos cerca de nuestro campamento, por lo que redoblamos la vigilancia. Cuando al día siguiente avanzábamos en la pradera distinguí en el polvo del camino las huellas de una zapatillas de mujer, entre las de una banda de indios; estos salvajes llevaban, sin duda, a alguna cautiva.

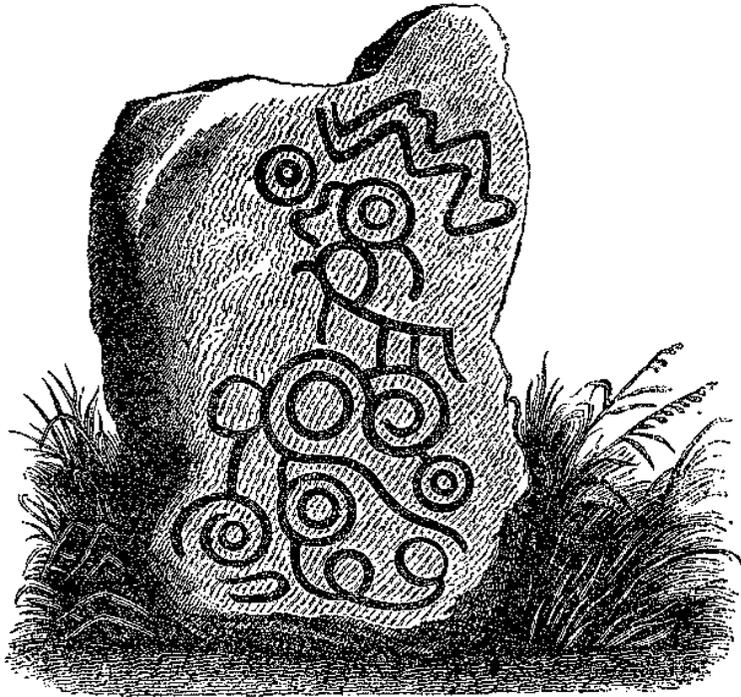
Estábamos ahora ante el temido Paso de Guadalupe. Las últimas cinco millas del camino son de ascenso gradual, hasta que de repente se llega al borde de un profundo despeñadero. Desde allí miramos hacia abajo; era un caos de desfiladeros, riscos y peñascos, y entre ellos enebros, robles enanos, espadillos, margaritas, cactus y piñuelas. Para quien no tiene experiencia en estas andadas es incomprensible cómo se puede bajar por allí con vagones tan grandes. Esta operación nos llevó dos días y sólo pudimos avanzar unas pocas millas. A todos los vagones se les encorrearón dos ruedas, y también, para evitar que resbalasen, varios hombres los sostenían con mecates; y de esa manera animales y vagones pasaban sobre los peñascos y bajo las ramas de los árboles. En la noche llevamos a los animales a pastar a las laderas de las sierras, las que eran tan pendientes que cuando hacía mi turno tenía que andar a gatas, y arma en mano. Desde esa altura el camino baja a un laberinto de cañadas. Grandes aglomeraciones de escombros y deyecciones —de entre las cuales se alzan enormes torres y bloques de roca sólida— de diferentes colores, como moles de arcilla compuestas de varios óxidos, están calcinadas. El camino no sería más áspero y caótico si pasara junto a la boca de un cráter.

Al fin llegamos a un valle de aspecto corriente. A lo largo de ese camino hay mantos de piedra caliza sobre sustancias volcánicas, que son, por lo tanto, más recientes que aquéllos. En una estrecha cañada de piedra caliza surgen copiosos manantiales que forman un arroyo de agua clara, y, siguiendo su rápido curso, arribamos a una llanura circular acordonada por lomas y montañas, y cubierta de verdes prados que bañan muchas corrientes y manantiales en cuyas márgenes crecen carrizos. Aquí, sobre una cuesta seca, en la cual crecen matorrales, muy comunes por cierto en

esta zona, yacen las ruinas de edificios grandes. Estos, junto con una vasta extensión de tierra, que es quizá la mejor del norte de Sonora, son de la abandonada hacienda de San Bernardino.

Los manantiales, más otros de las inmediaciones, son las fuentes del río Yaqui, el principal de Sonora, y el más grande que desagua en el Golfo de California. Habiendo cruzado el Paso de Guadalupe, dejamos también la meseta que baja hacia el río Grande, y llegamos a la vertiente continental que cae al Pacífico. Tal vez el lector recuerde que mi viaje de Chihuahua a la Sierra Madre me llevó al nacimiento del río Papigochic, que también descarga sus aguas en el Yaqui. De modo, pues, que conocí los dos brazos principales del río.

Dos días más de viaje nos condujeron a la fuente del río San Pedro, tributario del Gila. Dejando atrás la pradera de San Bernardino, subimos una serranía cuyas primeras lomas son de basalto. Más arriba hallamos piedra caliza, y pórvido más adelante disperso todo en un gran núcleo de montañas. Aquí pasamos la noche sin gota de agua. Al día siguiente entramos en una planicie en la que tampoco hallamos agua; ni siquiera los abrevaderos que nos habían dicho había al oeste. Pero por suerte nos cayó una lluvia torrencial que ensopó la tierra y nos dio de beber en abundancia.



Siguiendo rumbo al río San Pedro, pasamos bordeando la amplia base de un cerro elevado, con pico piramidal. Lo dejamos a la derecha. Otros altos montes se miraban por doquier, separados por mesetas. Allí vi, muy junto al camino, una piedra con jeroglíficos de los indios. Creo que fue puesta allí de manera intencional, o bien pudiera ser un mojón. No vi otra de esas por allí.

En esta región hay muchos caballos salvajes, a los que sólo pude ver de muy lejos. También hay ganado cimarrón.

De estas alturas bajamos a un valle de numerosos manantiales. De cada uno sale un hilo de agua, y, todos unidos, forman el nacimiento del río San Pedro. En las riberas de este río —que aquí es todavía sólo un arroyo— vi por primera vez el trébol silvestre, el que más adelante, y especialmente en California, abunda en la vegetación natural de la región. Un ramal del camino va por la ribera del río, el cual recibe agua de todas partes, hasta convertirse en corriente de consideración. Lo cruzamos por su curso superior, y de allí volvimos a rumbear hacia lo alto de las sierras. Vista desde arriba, esta región tiene paisajes de singular hermosura; enormes montañas, con robledales en la base y pinares en las cumbres, circundan una planicie grande, horizontal a veces e inclinada otras, o bien de violenta caída.

En cuencas de esta ruta nacen numerosos manantiales cuyo curso se puede seguir por muchas millas fijándose en el color verde de la grama, en los carrizales y en los juncales. En total puede esta región ocupar cien millas cuadradas por lo menos, pero con pozos artesianos, que aquí serían un éxito tan grande como en el Valle de San José, en California, podría extenderse cuatro veces más; y así podría al mismo tiempo hasta cuadruplicar su volumen de agua. De acuerdo con las disposiciones del Tratado de Gadsen, la línea fronteriza que divide a México de Estados Unidos pasa por la parte superior del valle en que están los manantiales, y pronto se establecerán muchas gentes en ambos lados de la frontera. Las serranías de las inmediaciones, como en casi todas las partes del territorio, contienen buena cantidad de minerales, especialmente cobre; y, puesto que la madera y la fuerza hidráulica abundan allí, la región tiene ante sí un futuro halagüeño. El valle del curso inferior del río provoca elogios de cuantos lo ven. En resumen, todo se junta para que aquí, antes de mucho, se establezca una numerosa y dinámica población.

Cruzando el valle íbamos cuando vimos venir a paso lento, y como a milla y media sobre una loma, a dos indios. A media milla de nosotros alzaron una bandera; nosotros hicimos lo mismo. Se acercaron. Uno de los nuestros se adelantó a saludarlos, y comenzaron a platicar. Al poco rato ya sumaban ellos veinte o treinta. Eran apaches, con fisonomía distinta de la de otros de su misma tribu que yo había visto antes, en tanto que al mismo tiempo tenían señaladas características, y una gran uniformidad del tipo nacional indígena. No se veían en ellos los rasgos chatos del mestizaje comunes a los apaches y a los lipanos de Texas. Su con-

torno facial era más bien griego: las cejas, la nariz, los ojos y la boca bien trazados, y lo indio sólo se les notaba en los pómulos pronunciados y la siniestra expresión de sus facciones. Llevaban sombrero de cuero y un trapo colorado, en forma de casco, adornado de plumas y, como diadema, un trapo amarillo recortado en piquitos. El plumaje que de la cabeza les bajaba por la espalda consistía de plumas de la cola de los pavos silvestres, y a su lado llevaban colgados pellejos con sus plumas de diversos pajaritos. Un barbiquejo de cuero sostenía el plumaje que baja por detrás, y su conjunto les daba, a hombres y muchachos, aire verdaderamente bélico. Por dibujos que he visto, esta vestimenta es la misma de los navajos, de Nuevo México.

Estos apaches traían algunos muchachos mexicanos robados, y nos ofrecieron vender a uno. De buena gana hubiéramos comprado su libertad, pero no pudimos convenir en el trueque, pues querían pólvora y plomo, lo cual después bien podrían utilizar contra nosotros mismos. Para negarnos, sin tener que ofenderlos, le dije al jefe que no teníamos suficiente de eso. Pero Mr. Kaufmann me interrumpió exclamando airadamente: “¡Si tenemos pólvora y plomo de sobra, pero para tirarle a los apaches!” Ante esa actitud el jefe, sin darse por aludido, dijo que retendría al prisionero en espera de una venta ventajosa; pero, apenas volvió al lado de su gente, la tropa entera salió de prisa. Supimos después que este hombre se llamaba Miguel, y que tenía fama de ser uno de los apaches más temibles.

Iba entre ellos un viejo que hablaba español bastante bien y tenía aire señorial. Hablando con él le di a entender que no confiábamos en sus manifestaciones de amistad. El, entonces, levantando sus manos y clavando los ojos en el sol, se expresó así: “¿No cree usted que Dios, este sol* ve todo lo que hacemos, y que nos castiga cuando hacemos maldades?” Su gesto era en verdad impresionante, pero nunca hubiera confiado mi vida a la verborrea de su santurronería. Esa partida de indios era conocida en los pueblos de Sonora con el nombre de vizcaínos, que es el gentilicio de los nativos de Chihuahua, pues ese Estado se llamaba antes Nueva Vizcaya.

La continuación de la jornada nos llevó a un precioso valle, con peñascos por todos lados y un hilo de agua clara en medio. Al pie de las peñas crecían sombreros robles y en las riberas del riachuelo montaban guardia unos cuantos álamos añosos. Las altas montañas del fondo eran de pórfido con picachos afilados. Esta clase de formaciones geológicas es común en Sonora.

El camino principal, del cual no vimos que tuviera ninguna ramificación, nos condujo a lo alto de una montaña escarpada y luego por entre desfiladeros que nos hicieron recordar el Paso de Guadalupe. El terreno estaba lleno de troncos y ramas de roble. El camino se hacía a cada paso más y más dificultoso, y por último se hizo impasable, de suerte que no nos quedó más remedio que volver a la llanura.

* En español.

No estábamos lejos de Santa Cruz, la primera población que había después de atravesar el valle del río Grande. Los viajeros americanos que nos acompañaban se adelantaron a ese pueblito, siguiendo el camino de las sierras; lograron cruzarlas y, habiendo llegado a Santa Cruz, tuvieron la brillante idea de mandar a un oriundo del lugar a encontrarnos. Este hombre nos llevó en torno de las sierras para llegar a un bellissimo valle, sombreado por nogales, robles y llantenes. Al otro lado de las sierras enyerladas de las inmediaciones, entre las que se veían unos cuantos robles, se alzan cerros elevados y pendientes con pinos en lo más alto. Estas tierras estaban tan en orden y tan limpias que parecían haber estado en constante cultivo por más de cien años. Pero un amontonamiento de restos de vagones incendiados nos recordaban que todavía estábamos en tierra de salvajes, en la que los apaches merodeaban impunes. Vivaqueamos en este hermoso valle; y, como algunos habían matado dos bueyes cimarrones, hubo esa noche bastante comida para todos. Cruzando unas lomas engramadas y parejas llegamos al día siguiente al valle de Santa Cruz, uno de los más bellos parajes de Sonora.

CAPITULO V

Río y valle de Santa Cruz — Panorama — Hacienda La Calabaza y sus moradores alemanes — Peleas con los apaches — La vieja Misión de Tumacácori — Compañeros de viaje — El saguaro, o cacto gigante — San Xavier del Bac — Viejos conocidos — Pimas cristianos — Aventureros europeos al servicio de un caballero sonorense — Tubac — Tucson — Un desierto de polvo y arcilla — Peñasco piramidal — Laguna de Gila — Pimas paganos — El frijol del mezquite — Escenas idílicas, y carácter de los pimas.

Santa Cruz, caserío desmantelado con una población que siembra maíz a riesgo de su vida, se asienta en este valle al pie de los abruptos montes que nos obligaron a desandar el camino. Dícese que es el pueblo más alto de Sonora; en todo caso, está en la llamada tierra fría de la climatología mexicana. Aquí nieva en invierno; las lluvias del verano caen a fines de Junio o a principios de Julio, y con ellas surge la segunda vegetación, a menos que la primavera o el riego artificial sustituyan a las lluvias. En Octubre vuelven las heladas. Su clima es para los nortefños uno de los más deliciosos y saludables del mundo; y se adapta maravillosamente a la siembra de trigo y de gran variedad de frutas. Todas las numerosas haciendas de esta zona tienen todavía sus huertas (aunque muy descuidadas ahora), en las que cultivan manzanos, duraznos, peras, albaricoques y, más al interior, uvas, higos y granadas; todo lo último es silvestre. En este valle sólo falta seguridad para que venga a él gente progresista. El temor a los apaches impide que los pobladores tímidos de por aquí disfruten de los dones de la naturaleza. En la larga curva que forma el valle están las casas de una hacienda que, como muchas otras de esta zona, han sido abandonadas por el motivo señalado atrás. Pocos días antes de nuestra llegada los indios habían robado varios caballos en las cercanías de Santa Cruz, y cuando estábamos allí llegó de Tucson una caballería mexicana en persecución de los ladrones. Ahora debe haber más seguridad, porque, si bien Santa Cruz, de acuerdo con la nueva delimitación fronteriza, quedó del lado mexicano, el establecimiento de un fuerte estadounidense en San Xavier del Bac debe sin duda ejercer saludable influencia en la vecindad.

La entrada al valle, rodeada por lomas de cima plana, no tiene árboles; pero en Santa Cruz, y más abajo, en las riberas del río, y en el propio valle, abundan los álamos, sauces, robles y nogales. En las partes bajas de las laderas de los montes —casi todas entapizadas de grama— crecen robles; en tanto que los altos picachos de grotescas figuras alpinas, lucen sus pinares. Algunos sectores de este valle son de tan grande riqueza y sencilla belleza, como por ejemplo Tumacácori y San Xavier del Bac, que serían maravillas en cualquier parte del mundo. En algunos parches de grama verde los amarillos mímulus enojan el paisaje; mientras que en otros, las cucurbitáceas de hojas serradas extienden sus largos zarcillos sobre el duro suelo; y, como si fuesen cultivadas con todo el arte de la jardinería, se alzan las masas circulares de las convolvuláceas de brillantes hojas y flores carmesí. Cierta planta, parecida a la “Martinia”, de aterciopeladas flores anaranjadas, embalsama el aire con su perfume como de almizcle y de violetas.

Cuando pasábamos por la hacienda La Calabaza, el primer lugar habitado más allá de Santa Cruz, un criado me invitó a visitar la casa. Al patio salieron a recibirnos dos alemanes que la ocupaban con numerosos criados mexicanos, indios pima y apaches “domados”. Uno de esos mis paisanos, M. de H., se vio comprometido en el llamado atentado de Franckfort, de 1832, por lo que tuvo que salir de Alemania. Desde entonces vivió en varias partes del mundo, hasta que de California vino a parar a Sonora. Aquí se relacionó con uno de los mexicanos más conspicuos: don Manuel Gándara, dueño de la hacienda; y se asociaron en el intento de establecer allí una población de gente civilizada, a despecho de los apaches, e introducir la cría de ovejas en gran escala, para lo que esas tierras son apropiadas. M. de H. tuvo la suerte de encontrar a otro alemán que decidió compartir la osada empresa con él. Gándara, como contribución inicial, aportó cinco mil ovejas; ellos, por su parte, contrataron a los peones y pastores. En esa condición conocí a mis paisanos que me recibieron con toda cordialidad y me obsequiaron un vaso de mezcal, extraído del maguey, el único refresco que podían ofrecerme. A uno de nuestros mayores, joven educado en Weimar, le gustó tanto el lugar que resolvió quedarse con ellos. Sospecho que las numerosas inditas que vimos en el patio, entre las cuales había muchas de caritas bonitas y talle bien torneado, tuvieron mucho que ver en su resolución. Espero que no se haya arrepentido. En estas partes del país se vive en constante riesgo. Mis dos paisanos me dijeron que a poco de haberse instalado en la hacienda, fueron atacados por una banda de apaches. Los indios, que en su ranchería estaban proyectando su expedición predatoria, fueron tan imprudentes que se fiaron de un prisionero mexicano revelándose el plan, y éste, tan pronto como la banda salió a ejecutarlo, corrió a Tucson. El comandante de la guarnición mexicana en ese lugar, al enterarse del caso, ordenó a sus hombres montar en el acto y salir en auxilio de la hacienda amenazada. Y justamente cuando los apaches bajaban por una loma de al lado, las tropas mexicanas aparecían por el otro. En el choque de ambas fuerzas —según supe después— Mr. H. mató a tres indios; y los asaltantes quedaron tan escarmentados que no volvieron a aparecerse por allí.

La formación geológica del valle más allá de Calabazas es interesante. Las montañas de ambos lados se separan más, y el valle se llena de colinas graníticas y capas horizontales de conglomerados semejantes a los dos de San Pedro. El río fluye entre esas rocas. Más abajo el valle vuelve a ensancharse, y enormes álamos, sauces y nogales crecen en las riberas del río, en tanto que las colinas se cubren de mezquites, encinas y enebros. Se dice que estos montes contienen mucho oro y plata, cuyo laboreo impiden los indios.

Al día siguiente llegamos a la Misión de Tumacácori, en el propio valle. Es una imponente iglesia de piedra, con otras casas de buen tamaño. Aquí se han establecido tres alemanes y un francés que alegan ser dueños de los edificios y de las tierras anejas. Su ubicación es muy hermosa. Altos cerros de pórfido columnario se alzan detrás de las casas, frente a las cuales corre el río bordeado de espesos matorrales; el valle se expande por ambos lados, y los recién instalados colonos disponen de las frutas de la vieja huerta de la misión. Otro de nuestros compañeros de viaje, M. C., alemán también, y bien educado, dejó la caravana para quedarse con los moradores de Tumacácori.

He hablado ya varias veces del mezquite, y volveré a mencionarlo porque acabo de cruzar un bosquecillo de él. Esta extraordinaria planta aparece en diversas formas en la costa de Texas, en la alta meseta del Pecos, en río Grande, en el sur de Chihuahua y, por último, aquí en Sonora, en los ríos Gila y Colorado. En estos últimos lugares es un árbol pequeño y elegante, pero su follaje plumoso da muy poca sombra. Una noche cruzamos entre un parche de ellos, la mitad iluminada por una luna llena, en tanto que por la otra mitad se veía venir una tormenta. Una medrosa luz se colaba entre el follaje medio alumbrando el camino que sólo se veía a la luz de los relámpagos.

En la parte inferior del valle de Santa Cruz se ven por primera vez en el camino los gigantescos cactus columnarios (*Cereus giganteus*). Los habitantes de allí los llaman saguaros, pero varios autores, y el más reciente de ellos Bartlett, lo llaman pitaya, o pitahaya. Este nombre, sin embargo, pertenece a otra especie de cacto, de forma similar pero mucho más pequeña. Este último no se encuentra muy al norte, pero sí lo hay en el sur de Sonora. Obtuve información de muy buena fuente respecto a la diferencia de estas dos especies de cacto. Fue el jefe de los indios pima quien me dijo con toda certeza que los cactus columnarios de esta parte del país no se llaman pitayas sino saguaros.

El saguaro es una columna aflautada, tan grueso como el cuerpo de un hombre, y de treinta, cuarenta y hasta cincuenta pies de alto, a veces con tres o cuatro brazos en la cima, haciéndolo aparecer como un gigantesco candelabro. Su fruto, semejante en su forma al higo, brota en lo alto de la columna; y por la altura en que está se haría difícil cogerlo, si no fuera que la misma planta facilita la manera de alcanzarlo. Los viejos tallos, cuando empiezan a podrirse, se rajan en varios listones, que se desgajan

y quedan todos como en rayos pendulares tan bajos que el viandante puede arrancarle el fruto. Se me dijo que esos listones, secos ya, se exportan por el puerto de Guaymas a Europa en donde se venden como bastones; en el mercado tienen el nombre de "bastón español". Esto no me consta. Los pimas de la vieja Misión de San Xavier del Bac tenían almacenada gran cantidad de frutas del saguaro, que se come de distintas maneras. Se la come fresca; la savia se cuece y se convierte en sirope que en Sonora se conoce con el nombre de miel de saguaro; y de la semilla, una vez que se le han quitado las impurezas, se hace harina, la que por su apariencia y sabor parece semilla de amapola. De esta harina se hace pan y también una bebida semejante al chocolate que llaman atole.

Se dice que la fruta de la pitaya es mucho mejor que la del saguaro. Ambas son de gran importancia para la población de Sonora. En tiempos de malas cosechas debido a la falta de lluvias, como ocurrió poco antes de mi paso por allí, gran parte de la población se vio obligada a vivir de esas y otras frutas de cactus silvestres.

Difícilmente puedo recordar una sorpresa igual a la que experimenté cuando vi los edificios de la vieja y famosa Misión de San Xavier del Bac, en medio de una región de sublime y sencilla grandeza; monumento es ese de la admirable actividad y energía de los viejos misioneros católicos. Es una vasta pradera, en su mayor parte en estado primitivo, cubierta de pastizales, arbustos y bosquecillos de mezquite, y acordonada por imponentes montañas y conjuntos rocosos. Los trigales, parcelados, pertenecen a los indios pimas que son cristianos, y que desde en la antigüedad viven allí. Gracias a su excelente situación, este sitio está destinado a ser la capital de esta región, que es un oasis rico en minerales.

La hermosa iglesia está en buen estado, y se la considera una de las más bellas de Sonora; contiene, junto con imágenes de ruda artesanía, un altar ricamente recubierto de oro. Alrededor de ella están las casuchas de barro de los pocos pimas que aún residen allí. Se enorgullecen de ser cristianos, y hablan despectivamente de los paganos de su tribu. Pero ellos mismos han estado durante mucho tiempo alejados del cristianismo, y hasta practican costumbres paganas, como es por ejemplo la destrucción de las pertenencias de los que mueren; lo cual constituye pérdida de bienes materiales en perjuicio de la propiedad. Son afables, apacibles, honrados e inofensivos; mantienen una estricta disciplina que bien puede ser legado de la sumisión a los jesuitas y la enseñanza de los abuelos. Entienden bastante bien el español, pero se negaron a hablarlo delante de nosotros. Nos fue difícil comprarles algo, en parte porque tenían muy poco que vender, y en parte también por su falta de espíritu mercantil. Se nota en ellos un embotamiento inequívoco, rasgo que al parecer es peculiar de los indios convertidos al cristianismo; es un cierto retraimiento que también advertí entre gentes de esa misma clase en otros países. Visitaron con frecuencia nuestro campamento, pero se estuvieron allí por horas sentados, mudos e inmóviles; más bien fueron sus niños los que nos entretuvieron demostrando su des-

treza en el manejo del arco y de la flecha. Las puntas eran de pedernal embadurnadas de una substancia obscura que nos dijeron era veneno de serpientes, pero esto me pareció puro cuento.

Esa gente y el lugar deben haber cambiado mucho desde el día en que estuve allí. San Xavier del Bac es ahora un puesto militar estadounidense, y ha de ser ya una ciudad en ciernes.

Estuvimos allí varios días, y recibimos y devolvimos visitas de otras caravanas que vivaqueaban en las inmediaciones. Entre ellas volví a verme con personas a quienes había conocido accidentalmente en otras partes. Uno fue Mr. H., de Brunswick, con quien en Nuevo México dormí cierta vez en la misma tienda de campaña y bajo la misma manta. Lo volví a encontrar en Chihuahua, en El Paso, en la llanura del río de los Mimbres, y después en Los Angeles y en San Francisco. Un tal Mr. M., de Texas, a quien últimamente había visto en El Paso, se encontraba asimismo en San Xavier con una partida de ganado. Este hombre corrió una aventura extraordinaria en su viaje a California. Parece que un su socio llevaba en mente deshacerse de él en el camino a fin de apoderarse del ganado. Para ejecutar su plan encabezó un motín entre sus mismos arrieros. Estos se negaron rotundamente a obedecer a Mr. M., lo que le puso en desesperada situación, cuando en eso llegaron los apaches y asesinaron a los dos líderes del motín. Esta casualidad hizo creer a los demás que la Divina Providencia había intervenido, gracias a lo cual todos volvieron a someterse a la obediencia. Sin embargo, este suceso ocasionó a Mr. M. la pérdida de parte de su ganado, otra parte murió de sed en el camino y el resto se lo robaron los indios; de modo que llegó a California con una mano atrás y otra adelante. Entonces fue que lo conocí y me contó su historia.

Visité a los pimas en sus viviendas. Al principio se mostraron esquivos, pero a la larga logré ganarme la confianza de un anciano, con quien me enfrasqué en animada conversación. Las mujeres de la casa me obsequiaron sopa de frijoles y bizcochos de harina de trigo. Esa gente siembra frijoles, calabazas y melones, y producen algodón para su ropa. Las vi hilando, pero de manera muy primitiva. Extienden horizontalmente la hebra del largo que quieren la tela, y tejen a mano la trama. Las mantas de colores que las muchachas se enrollan a la cintura a manera de enagua y de fustán, las tejen con gran arte; son de buen gusto y los diseños siguen el viejo estilo mexicano. El color azul de las hebras lo sacan del añil que ellos cultivan, las hebras rojas son de géneros que compran en cualquier parte y que las mujeres deshilan. Sería erróneo, no obstante, suponer que estas artes las aprendieron en sus relaciones con los cristianos, porque es todo lo contrario, los pimas paganos confeccionan mejor esas cosas.

Cerca de allí se alza una loma cónica que es una erupción de roca hiperstena. Varios promontorios similares se levantan en la planicie, y algunas lomas escarpadas, que la bordean por el occidente como si fueran torres o muros, parecen ser de la misma formación petrográfica. Los peñascos de color café, con sus matas de saguaro, dan al paisaje aspecto severo y sobrio.

Durante nuestra permanencia en San Xavier, el señor Cubillas, uno de los prominentes políticos del Estado de Sonora —y millonario por añadidura— llegó con un gran séquito. Iba en camino a visitar su latifundio que, por encontrarse en un sitio completamente deshabitado, no tenía antes ningún valor; pero que ahora, por haber pasado ese territorio a poder de Estados Unidos, estaba destinado a adquirir gran precio. Me llamó la atención el hecho de que en el séquito de ese caballero hubiesen hombres de diversas nacionalidades: un alemán, un húngaro, un danés, dos irlandeses y un norteamericano, todos, sin duda, aventureros profesionales que accidentalmente se habían juntado en esas remotidades. El danés había vivido en China, en las Indias Orientales y el Perú; los otros llegaron de Estados Unidos.

No muy allá de San Xavier, sobre una altura del valle, junto al río y circundado de mezquites, descansa el pueblito de Tubac, cuyos habitantes son mayormente indígenas, entre los cuales hay muchos apaches “domados”. Sus mujeres y muchachas, con sus caras redondas de fisonomía enigmática claramente mongoloide, nos miraban boquiabiertas sentadas a la orilla del camino.

El último lugar habitado del valle es Tucson. En esos días era el puesto militar mexicano situado más al norte del país; pero ahora, por aquello de la “compra de Gadsen”, junto con Tubac y San Xavier, pertenece a Estados Unidos. Acampamos pocas millas más allá del pueblo, en un paraje muy ameno del valle. Un arroyo cristalino de rápida corriente, con peces, plantas acuáticas y tortugas, fluye sobre un pequeño prado cubierto de matorrales. El prado está al pie de una empinada y rocosa colina, con una atalaya en la cima, desde donde la guarnición mexicana vigilaba a los indios. Las laderas de la colina estaban tan pobladas de cactus columnarios que bien podía habersele dado el nombre de cerro del saguaro, aunque no eran más que troncos pelados. Vi allí por primera vez un arbusto parecido al retama. Su tronco es verde, y asimismo las ramas, como igualmente lo son sus verdascas delicadamente subdivididas, con sólo unos pocos rudimentos de hojas; sus flores son amarillas, y sus vainas dan una sola semilla. Este arbusto, del que después vi en abundancia y pertenece a las plantas características de los desiertos pedregosos del Gila, es el corchi de los mexicanos, con cuyo jugo que mana de la corteza apagan la sed.⁴⁴

El camino seguía el curso del río de Santa Cruz, que, aunque su lecho estaba en varias partes seco, reaparecía constantemente. Pero más allá de Tucson se pierde en el desierto por el cual debíamos ir ahora.

Al atardecer del 16 de Julio levantamos el campo y entramos en el desierto que llega hasta el río Gila, en el que, según los conocedores, no encontraríamos agua en todo un trayecto de ochenta o noventa millas.

⁴⁴ Este arbusto sin duda ha sido descrito ya por otros, y lo que yo acabo de decir no es para los botánicos, sino simplemente para quienes se interesan en la fisonomía general de la región.

Al comienzo el camino iba por entre espesuras de mezquite, pero gradualmente cesó toda traza de vegetación. Entró la noche y los vagones comenzaron a rodar sobre una llanura de varias pulgadas de polvo, cuyas nubes iluminaban de rato en rato los relámpagos de una tormenta sobre las montañas de Tubac y Tumacácori. Al cabo de varias horas llegamos a una planicie de barro duro, en donde al fin pudimos respirar un aire más puro y fresco. Y toda la noche seguimos rodando. Con los primeros albores vimos que un yermo de tierra dura y perfectamente rasa, se extendía hasta la base de El Picacho, peñón piramidal que irrumpe abruptamente en la llanura. Iba yo a caballo al frente de la caravana. Al aproximarse al promontorio el camino comenzó a tornarse húmedo; en ciertas partes se veían parches de lodo. Al fin relumbró el cristal del agua: ¡una pocita; y otra; y otra más! Salté del caballo y lo llevé de las riendas de una a otra hasta que mató la sed; luego yo, de bruces sobre el suelo, bebí ávidamente de esa agua amarillenta. Había llovido en la noche, pero no lo suficiente para la caravana que no le quedó más remedio que seguir rodando sin parar y sin beber.

Nos detuvimos al pie del peñón, junto a unas pocitas, en cuyo contenido cenagoso nadaban larvas de insectos y sapos gigantes, cuya agua las bestias bebieron con mucha repugnancia. La escena del campamento era curiosa: la superficie desértica asciende en dirección al peñón formando un declive raso del cual surge la descomunal roca que apunta al cielo. Con la elevación del terreno al pie de la roca comienza la vegetación característica del desierto pedregoso de esta región, como ya la he descrito: arbustos y matorrales de mezquite, varias clases de acacias, y corchis áfilos pero sin embargo verdes, columnas y candelabros de saguaros. Por primera vez las bestias se alimentaron exclusivamente de las vainas del mezquite, pues en esta zona no crece la yerba del todo. Hay otros promontorios de rocas que surgen en la llanura, y, a juzgar por su color y forma, pertenecen a diversas sustancias minerales, en algunas partes se alzan negras masas de rocas, como violentas emisiones de la tierra. Continuando nuestro viaje al caer el sol, esas rocas semejaban islotes que bogaran en un océano de luz crepuscular. La escena parecía efecto de luces de un inmenso teatro.

Continuamos viajando toda la noche, y paramos en la mañana cerca de unas pozas iguales a las otras en eso de larvas y de sapos. Y reanudamos la marcha a la vista de un roquedal largo y empinado, cuya apariencia era de bloques encimados de sienita, o diorita, y a eso de mediodía llegamos a la laguna de Gila, porción de agua salobre y lodosa bordeada de mezquites y pasto regular. Allí encontramos a una partida de indios pima ocupados en recolectar vainas de mezquite. Pertenecían a los paganos de esa tribu que aún queda en el Gila, en tanto que la mayoría de ellos que se hacen llamar pápagos, viven en el Estado de Sonora; allí forman parte principal de su población cristiana y civilizada. Esta partida consistía de hombres, mujeres, muchachos y muchachas que muy pronto congeniaron con nosotros.

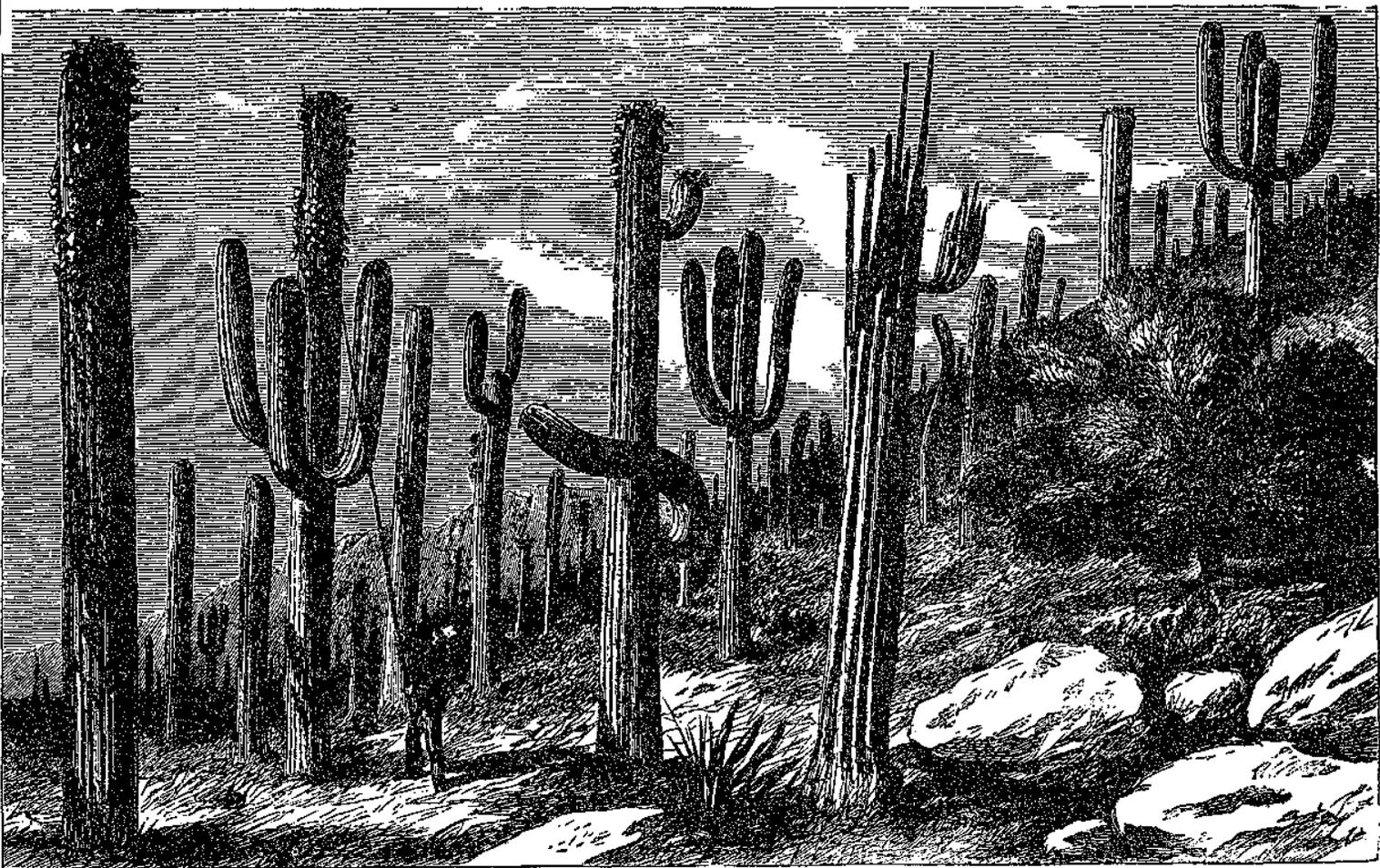
Varios viajeros han hablado ya de los pimas,⁴⁵ y todos los elogian. Los geógrafos conocen sus pueblos y los tienen marcados en los mapas. El pequeño grupo que encontramos en la laguna estaba allí temporalmente. Cuando las vainas del mezquite están maduras, la tribu se dispersa entre los matorrales cercanos al río para recolectar ese alimento básico para ellos, y que aquí crece como en ninguna otra parte. Este año era especialmente importante: el río tenía poca agua, y sólo podían cultivarse unas pocas huertas, pues las cosechas dependen enteramente del riego.

La vaina del mezquite —que ellos llaman frijol de mezquite— ha sido también descrita por los viajeros, y su importancia para los habitantes del Gila y del Colorado, así como para las partidas de ganado que por allí pasan en viaje a California, es bien conocida. Por tanto, sólo haré unas pocas observaciones a fin de que el lector se dé cuenta de lo que hablo. Es un arbusto espinoso y de follaje plumoso, repleto de vainas verdes o amarillas, que no se secan en las ramas, sino que caen tan pronto van madurando. En esta época el suelo de los mezquitalos se cubre literalmente de vainas. Para entonces la vaina que encierra los frijoles está ya más o menos seca, medulosa y dulce. Las vainas semimaduras caen al sacudir el árbol. Cuando empieza a madurar la substancia que cubre los frijoles tiene un agradable sabor agridulce, como de manzana veraniega. Pero la vaina es incomible, sólo puede masticarse y chuparse, y de esa manera es muy refrescante. Los pimas que encontramos allí nos dieron a beber un refresco ácido, extraído de las vainas, las que remojan hasta que se fermentan; parece que esto les gusta mucho. El fruto constituye aquí el principal forraje de mulas y caballos, ya que el pasto es escasisimo. Cuando las bestias lo prueban se vuelven locas por él, y tanto así que es difícil llevarlas en orden cuando van atravesando un mezquital en cosecha. La abundancia de este fruto en muchas partes del Gila y del Colorado es increíble.

Con estos indios entramos pronto en activo cambalache. Obtuvimos de ellos mazorcas de maíz tierno, que es delicioso si se come tostado a las brasas, y considerado un lujo después de comer la monótona dieta de la caravana. Cambié, con una muy agradable muchacha, una de las piezas más elementales de mi traje por todo su vestido regional, consistente en una gruesa manta de algodón tejida a mano que esa gente se enrolla al cuerpo bajándola hasta las rodillas, y una de esas bonitas fajas con que se la sujetan. Esta la había hecho ella misma, y me la dio con cierto pesar. Debo hacer constar que no se cambió sus ropas delante de nosotros, y que en el trueque salí ganando. El aire de modestia, el ojo chispa y los agradables modales que observé en ellos —peculiaridades muy suyas— producen muy buena impresión, y se nota que viven una vida idílica. Aquí y allá, a la sombra de un viejo mezquite, o de alguno de nuestros vagones, podía vérselos sentados o de pies en alegres e inocentes grupos; los viejos tumbados en el suelo; las mujeres y los niños acucillados a su lado; muchachos de pies o en parejas, uno con el brazo sobre los hombros del otro y éste apoyado en su arco; muchachas bonitas, vestidas casi-casi como

⁴⁵ No "pimos", como lo han escrito muchos norteamericanos.

en el Paraíso, caminando quieta y candorosamente entre rudos mayores y muleros que jamás les dijeron groserías. Todo eso contrastaba con los indios que habíamos visto antes, armados para la defensa o el ataque; y eso despertaba en todos nosotros sólo sentimientos de estima y gentileza. Para completar el cuadro de esta tribu de indios, debo decir que a sus afables y pacíficas cualidades juntan un ánimo resuelto, y de tal manera así que hasta a los salvajes apaches les imponen respeto. Creo que no hay otra tribu de aborígenes americanos que posea tan buenas cualidades como esta de los pimas.



Arboles de Saguaro.—Libro III, Cap. 6.